
ciencia ficción en bits
AXXÓN
272

Axxón 272, abril de 2016

Editorial - Axxón 272

ARGENTINA



No sé por dónde empezar, ya que hay muchas cosas que pasan por mi cabeza mientras escribo estas palabras. Algunas tal vez sean demasiado personales como para estar volcándolas aquí, pero me siento entre amigos y está bueno compartir las cosas que nos marcan. Quien escribe, explícita o implícitamente, está todo el tiempo desnudando el alma ante el lector, y ya no tengo ganas de esconderme detrás de una ficción para transmitir lo que siento.

En mi familia paterna existe un folklore un poco repetitivo y nefasto: el hijo mayor tiene tres hijos varones y muere antes de los cuarenta y ocho años. Con más o menos paralelismos, comparto con mi abuelo y mi padre mucho de la huella que ellos marcaron. Ya imaginarán que soy el primogénito y que también tengo tres hijos varones. Nací en abril de 1968, así que saquen cuentas. Dentro de unos días estaré feliz junto a Sarah Connor, sobre el asfalto, sin saber para dónde me llevará el camino.

Mi hijo mayor nació un 2 de abril. Acaba de superar una barrera imaginaria que es la mitad de mi vida y ya está más cerca de mi nacimiento que del suyo propio, Hemos crecido, y con gusto veo que ambos (aunque cada uno con su propia impronta) compartimos el amor por el arte fantástico. No sólo la literatura: actualmente está

haciendo un taller de máscaras de látex, y su creación es bastante fantástica (¿recordará que cuando él era muy chico yo también hacía disfraces y máscaras, aunque menos sofisticadas, para las fiestas de cumpleaños de Axxón?). Siento que hay un legado (no sólo en él), y a su vez recuerdo con mucho cariño aquella imagen que llevo siempre conmigo, de cuando allá lejos, en mi temprana infancia, papá llegaba a casa con paquetes llenos de libros. ¿Qué mejor recuerdo puedo tener de él?

También el 2 de abril es, para nosotros los argentinos, una fecha para recordar, ya que conmemoramos el desembarco de la avanzada argentina en pos de la recuperación por la fuerza de las Islas Malvinas. Un conflicto armado estúpido y costoso en vidas jóvenes y valiosas que intentó conseguir con metralla algo que, suponemos, está bajo nuestra soberanía. No me importa demasiado discutir si este reclamo es justo, me interesa mucho más entender que ese acto fue realizado con fines oscuros y egoístas, sin medir demasiado las consecuencias, o peor, ignorándolas. Pareciera que esta forma de actuar es una impronta de la clase dirigente de nuestro país, que cíclicamente cae en errores similares. Tal vez sea por nuestra mala memoria y una errónea lectura de las promesas electorales por parte de quienes votamos, que entonces sufrimos el regreso a políticas nefastas que sólo benefician a los que ya están beneficiados. Sólo puede suavizar este pensamiento la esperanza de que sí hay cosas a las que les hemos dicho para siempre *Nunca Más*, pero es un consuelo que los simples mortales no podemos sostener más allá del tiempo de nuestras propias vidas.

Pero volvamos a Malvinas: las Islas están presentes en la literatura fantástica, y en la literatura fantástica argentina que conozco hay huella suficiente (y debe haber más). Se pueden encontrar referencias directas o indirectas en obras de Carlos Gardini (*Primera línea*), Sebastián Masana (*Duc in altum* y *Operación Toro Sentado*), Alejandro Alonso (*Hombres y piedras*), Ricardo Giorno (*Segundo teatro de operaciones: la Charly contra la Lenon y la Macárni*), Juan Simeran (*¡Argentinos, a vencer!*, novela ucrónica que pronto podrán leer en Axxón) e incluso yo mismo (*Su amor del tren*). Seguramente me estoy olvidando de algunas que sumaremos a las que desconozco.

(Revisando este párrafo me pregunto: ¿Hay cuentos fantásticos de origen inglés ambientados en las Falklands?)

Así comienzo este mes de abril que aquí se presenta lluvioso y otoñal, como corresponde: mirando hacia atrás para poder vislumbrar lo que se viene, tratando de exorcizar temores y broncas por cosas que han pasado y sobre las que uno no tiene ningún poder de decisión. Un ejercicio al que la literatura de ciencia ficción nos tiene acostumbrados, aún cuando hable del pasado o de mundos y universos distantes, espejos deformados de nuestra propia humanidad.

Blinker

Deivis Cortés

COLOMBIA


Ilustración: Gastón Barticevic

Sólo un guiño. Un guiño basta para que me conecte con la mirada de otro y pueda ver a través de sus ojos. El ojo que guiño pasa a ver lo que la persona mira, mi ojo restante continúa revelando lo que está ante mí. Es como una pantalla dividida a lo Brian De Palma, sólo que mejor. Inicialmente usé la habilidad para contrastar recorridos visuales. Si la persona cuya mirada poseía trotaba alrededor de una cancha, por ejemplo, yo trotaba en dirección opuesta esperando ese momento de choque entre las dos miradas, esa conjunción visual que me permitía verlo a él a través de mi ojo y verme a mí mismo desde su mirada capturada. Por eso mis primeros experimentos fueron con caminantes y deportistas, personas habituadas al recorrido circular, constante, rutinario.

Un oficinista que caminaba por la calle posó su mirada en las carnes de una vendedora de jugos de la Carrera Séptima y la persistencia de su mirada

casi lo obligó a detenerse. Al principio creí que había sido un evento fortuito, pero al presentarse otros casos similares me di cuenta que se trataba de un patrón: señoras cuya atención en algún descuento de calzado las obligaba a aminorar el paso, hombres concentrados en los movimientos de un balón, gente deteniéndose ante la sospecha de un billete en el suelo visto de reojo. Si bien sólo podía poseer y controlar la mirada de las personas, gracias a estos casos descubrí que era más que suficiente. La mirada intensa obliga al desplazamiento del ojo, el cual condiciona el movimiento de la cabeza, que a su vez arrastra consigo al cuello y de allí al cuerpo entero. Empecé entonces a experimentar por esta vía: mirada y movimiento.

¿Y no oponían resistencia?

Al principio sí, de ahí que el movimiento no fuera del todo fluido. Los caminantes que poseía se movían de manera caótica e histriónica, como contorsionistas, y llamaban mucho la atención provocando varios percances. En otros casos, la resistencia del caminante era tan fuerte que me vencía y me obligaba a liberarlo, abandonando su mirada. Pero poco a poco fui adquiriendo destreza y capacidad de concentración, habilidad para fijar mejor y con mayor fuerza un objetivo visual. El quiebre se dio de manera literal, cuando la resistencia de un caminante, en contraste con la firmeza de mi agarre visual, desembocó en la ruptura de su cuello. En adelante, cuando el choque de fuerzas se acercaba a ese punto, el caminante vacilaba unos instantes, sopesando el riesgo, para finalmente rendirse y encaminarse hacia la dirección que la mirada le indicaba. Al principio de manera forzada y mecánica; luego, con el tiempo y la costumbre, era imposible distinguir un caminante normal de otro poseído por mí.

¿Qué me dice de los pensamientos y de lo que estos caminantes decían mientras usted los poseía? ¿Nunca pedían auxilio?

No me está entendiendo. Yo no poseía la conciencia de la gente (lo que descarta que pudiera percibir sus pensamientos), sólo su mirada y la mirada tiende a ser bastante silenciosa, como cuando se desconecta un cable RCA rojo, de manera que si decían algo no puedo dar cuenta de ello. En algunos casos excepcionales sí había algo de audio, pero no se correspondía ni de lejos con la imagen, eran más bien paisajes sonoros mínimos, similares a los que ofrecen las conchas de caracol o los ambientes submarinos. Al principio me molestaba la discrepancia entre esa imagen ajena y mi audio *in situ*, pero luego empecé a explorarlo conscientemente para realizar composiciones audiovisuales en tiempo real. Me desplazaba a lugares ruidosos (obras de construcción, carreteras, pistas de aterrizaje) y hacía que mi caminante de turno tomara vías que ofrecieran imágenes apacibles y

tranquilas, para trabajar los contrastes de manera explícita y literal. Me di cuenta entonces (a pesar de lo inocente de esta primera aproximación) que lo que me interesaba eran ese tipo de experiencias visuales inéditas, y el hecho de ser capaz de controlar el movimiento abría un inmenso campo de posibilidades.

¿Cuáles? ¿Recorridos?

No exactamente. Esa etapa estaba superada casi desde el momento en que arrancó.

Creí que al controlar el movimiento podría dejar de depender de los deportistas y demás caminantes que hacían recorridos rutinarios y cíclicos, pero pronto me di cuenta de que cualquier recorrido humano tiende al patrón, incluso siendo controlado por mí. No sé si se trata de la estructura propia de la ciudad o del acto mismo de recorrer, pero había una tendencia incesante hacia el *loop* y el retorno que pronto me aburrió. Las posibilidades inéditas de las que hablo vinieron desde vías menos obvias (sin ofender) y comenzaron con pequeñeces. Fijar la mirada en una persona durante horas, por ejemplo. Actividades en principio contemplativas que se elevaron a un estadio superior. Recordé todas aquellas experiencias visuales sobre las que siempre había sentido curiosidad, pero de las cuales me había privado por temor a dañar mis ojos. Visualizar eclipses enteros, mirar directamente al sol durante horas, mirar bajo el agua. Experimenté con diferentes tonalidades de azul y verde según el cuerpo acuático en el que sumergía los ojos de mi caminante, pero hubo uno tan seductor que me hizo olvidar por completo del tiempo, hasta que la vista empezó a nublarse lentamente, disolviéndose en una gran explosión lechosa. Supe entonces que el caminante se había ahogado, abriendo otra puerta de exploración: la muerte como experiencia visual. Choques en automóvil, electrocuciones, impactos de bala, incineramientos, saltos desde rascacielos.

¿De cuántas muertes estamos hablando?

No podría decirlo con precisión. Sacrificaba de cinco a ocho caminantes por cada forma de muerte, intentando diferentes variaciones hasta agotar la experiencia visual entera. La prensa de entonces barajó varias hipótesis para explicar el fenómeno: histeria colectiva, sectas fundamentalistas, nuevas formas de protesta de la izquierda. Y hubieran seguido especulando de no haberme detenido.

Sí, recuerdo eso. Las muertes pararon tan súbitamente como empezaron. Se habló incluso de una epidemia y varios científicos se disputaron el mérito tanto de haberla descubierto como de lograr su erradicación. ¿Por qué decidió parar?

Por accidente. Un caminante que había poseído le guiñó el ojo a una mujer durante el recorrido y, en consecuencia, mi mirada lo liberó y se apoderó de la visión de ella. En su momento ni siquiera me di cuenta de lo ocurrido. Desde mi perspectiva fue como un cambio de canal, un salto abrupto de imagen. Un segundo estaba viendo el recorrido en subjetiva de este hombre, incluida la mujer, y al instante siguiente el contraplano de esa misma situación vista desde la perspectiva de ella (incluyendo el desespero del hombre que gesticulaba sin cesar presa de su desconcierto, intuyo). Supe entonces, desde esa óptica tan limitada, cómo reaccionaba un caminante una vez liberado, pero lo que acababa de ocurrir era demasiado importante como para entretenerme en bagatelas: ¡Podía viajar de mirada en mirada a través de los cuerpos! El mismo guiño que lo empezó todo, causó la revolución más importante. Aproveché entonces esta actualización de la habilidad para hacer estudios de objetos. Utilizaba elementos rodeados de personas de varias estaturas, ubicados a diferentes distancias para triangular miradas y hacer comparaciones de registro según las distintas posiciones. Nunca el concepto de punto de vista fue explorado tan rigurosamente. Luego retomé el interés olvidado por el recorrido para poner a prueba las nuevas propiedades de la habilidad. Ya ni siquiera era necesario obligar a los caminantes a mover todo el cuerpo, bastaba un ligero giro de cabeza, lo suficiente para hacer contacto visual con otra persona y así producir el traspaso de mirada. Recorrí grandes distancias en pocos minutos y pronto, sin salir de mi habitación, había elaborado una completísima cartografía mental de la ciudad a partir de éstos recorridos alternados. Sin embargo, me di cuenta que la habilidad tenía una restricción: estaba condicionada a las limitaciones visuales de quienes poseía. Así como había ojos en extremo saludables que me permitían viajar hasta 30 km en tan sólo un guiño, otra gente no podía ver a más de un palmo de distancia, lo cual entorpecía notablemente mis recorridos. Una vez, de salto en salto, fui a parar a una persona con cataratas y después de contemplar el mundo desde sus ojos, empecé a comprender que estas formas alternativas de visión no eran precisamente limitantes. Ofrecían otro tipo de experiencias que superaban todo lo visto hasta entonces: la no figuración y por esa misma vía la abstracción. Todas las imágenes que había acumulado, por impactantes que fueran, estaban manchadas de realismo y por ende las sentía limitadas; pero en mi fuero interno albergaba el deseo de ir más allá, de encontrar un estado de contemplación verdaderamente original. Quería pasar de lo meramente inédito a lo auténticamente insólito.

Entonces, empecé a usar el guiño en los dos ojos, simultáneamente. Aunque

había descubierto la abstracción visual, sólo podía disfrutarla de manera parcial, ya que el ojo que no guiñaba continuaba anclándome al escenario que ofrecía mi posición física, limitando la experiencia e impidiendo una inmersión total. Trabajando con dos variables visuales, en cambio, prácticamente no había limitantes de composición. Reciclé algunas experiencias previamente descartadas por su desgaste que, sin embargo, adquirían nuevas connotaciones gracias a la combinación: acromatopsia con recorridos a alta velocidad, caídas libres con desenfoques propios del astigmatismo, paisajes acuáticos con eclipses. Pero la experiencia volvió a agotarse. Entre más combinaciones hacía más sentía que quedaban menos por explorar y esa angustia creciente llegó a apagar la euforia que solía poseerme tras cada descubrimiento.

Sucedió entonces que mi decepción frente a los limitados visuales coincidió con el hecho de yo mismo convertirme en un discapacitado, aunque en otra liga. Al parecer, pasar tanto tiempo enfrascado en el universo visual, causó que se atrofiaran los músculos de mis piernas. Los médicos decretaron Atrofia Muscular Severa e imposibilidad permanente para caminar y mientras el doctor Serrano me bombardeaba con tecnicismos clínicos y con voz condescendiente me recomendaba psiquiatras para tratar los posibles traumas que esto podría acarrear, yo no lo escuchaba del todo porque la euforia empezaba a regresar, esta vez en forma de placa oscura de acetato, en esa impresión visual de mis piernas defectuosas capturadas por una máquina. Yo podía mirar a través de los ojos de cualquiera, incluso de aquellos diagnosticados como ciegos (efectivamente descubrí que la ceguera no es ausencia de visión sino carencia de figuración), pero jamás había imaginado que existiera una mirada tan poderosa, capaz de atravesar la carne y ofrecer imágenes frescas de algo tan vulgar como unas extremidades inservibles. Así empezó mi obsesión por la mirada de las máquinas. Traté de seguir el método que empleaba con las personas, pero los guiños no funcionaron porque las máquinas no tienen mirada, solo visión.

¿Cuál es la diferencia?

No sé. Hasta entonces yo también pensaba que eran más o menos lo mismo y fue justamente esa discrepancia lo que motivó mi investigación posterior. Podría decirse que yo mismo era la medida que diferenciaba lo uno de lo otro. Si podía poseerlo, entonces era mirada, de lo contrario era mera visión. Tan simple y poco satisfactorio como eso. Para salir de dudas empecé a estudiar y a coleccionar todo tipo de máquinas que implicaran lo visual: escáneres, microscopios, radares. Analizaba cuidadosamente sus propiedades resignándome a envidiarlas. Descubrí que nada de lo que había

hecho se acercaba remotamente a lo que estas prótesis eran capaces. Y hubo un aparato en particular que me obnubiló: la cámara de video. Congelar el tiempo, devolverlo, ralentizarlo, acelerarlo, eran cosas que yo no podía hacer ya que trabajaba en tiempo real, sin capacidad de registro. A pesar de que había elaborado composiciones inimaginables por cualquier otro tipo de artista, pertenecían sólo al instante, a ese presente eterno en el que eran concebidas, pero no perduraban más allá de mi memoria. La obsesión por la visión privilegiada de estos aparatos mezclada con la frustración de no poder alcanzar una mirada con esas cualidades, me sumió en una profunda depresión que me mantuvo inactivo durante varios meses. Hasta que descubrí la televisión, ese contenedor visual capaz de almacenar y emitir varios tipos de imágenes en simultánea, de alternarlas mediante canales, de modificar sus propiedades (brillo, saturación, tinte), de ofrecer barras de color puras y belleza abstracta inusitada donde otros sólo ven interferencia y lluvia. Me volví un consumidor voraz y compulsivo de imágenes catódicas.

Un día, mirando un programa en vivo, el presentador estaba hablando directamente a la pantalla, un zancudo se posó en mi ojo y como tenía las manos ocupadas lo único que atiné a hacer para quitarme al bicho de encima fue hacer un guiño. Estaba mirando al presentador y cuando volví a parpadear estaba en un estudio de grabación, había una cámara frente a mí con un telepronter indicando lo que tenía que decir, y un montón de equipo técnico expectante haciéndome señas para que hablara. Con mi ojo derecho aún seguía en la sala de mi casa mirando el programa. Sin entender del todo lo que había sucedido, con el ojo izquierdo obligué al presentador a salir del estudio de grabación y del edificio del canal (me costó un poco, estaba perdiendo la práctica por andar jugando con máquinas). Casi por instinto, desde casa, activé el cronómetro de mi reloj de pulsera, mientras usaba la mirada del presentador para viajar hacia mi posición física. Salté de caminante en caminante lo más rápido que pude hasta que llegué a la fachada de mi casa, a la ventana exterior desde donde se podía ver la sala. Allí estaba yo, sentado frente al televisor y allí estaba yo viéndome a mí mismo desde afuera a través de la ventana. Parpadeé dos veces para liberar al caminante y detuve el cronómetro. Cuarenta y siete minutos. A pesar de haber utilizado caminantes veloces, sanos de vista y ocupantes de vehículos efectivos, no pude hacer el recorrido físico en menos de cuarenta y siete minutos, recorrido que realicé, mediante el guiño inicial, de manera instantánea. Tras años de experimentar con máquinas, había descubierto finalmente la manera de interactuar con éstas. No podía poseer sus miradas, pero podía servirme de su visión hiperbólica para amplificar mis

experimentos con la mirada humana. Así que me dediqué a cazar ese tipo de programas de televisión, aquellos en los que la gente miraba a la cámara y en los que tuviera la certeza de emisión en tiempo real, generalmente marcados con las palabras LIVE, DIRECTO o EN VIVO. Compré todas las teleguías existentes y diseñé un riguroso manual que me permitía sistematizar con precisión las emisiones en directo de noticieros, en especial los de otras ciudades y países.

¿Para qué? ¿Para viajar?

Sí y no. Antes de descubrir este sistema ya había viajado bastante. Poseía a caminantes en aeropuertos y terminales terrestres, pero abandoné la práctica pronto porque me agotaron los tiempos muertos de este tipo de recorridos. Permanecer horas encerrado en un avión o en un bus, sin mayores posibilidades más allá del intercambio de miradas entre los pasajeros, se me antojaba tan claustrofóbico e inútil como quedarme en mi habitación sin poseer a nadie. Con este nuevo mecanismo, en cambio, podía acumular experiencias visuales de varios lugares diferentes en una sola jornada y ahorrándome por completo el tedio del tránsito. Prendía el televisor a las seis, sintonizaba un canal japonés, trasmitían el informativo de turno, guiñaba el ojo al presentador y ya me encontraba en Tokio. Saltaba de mirada en mirada para recorrer la ciudad en la mañana y al mediodía sintonizaba otro informativo de otro país (europeo, digamos) para viajar de nuevo. Para las seis de la tarde había recorrido 54 ciudades y tenía toda esa experiencia visual acumulada en mí, sin haberme movido de la casa. Sin embargo eso también me terminó aburriendo. Recorrí el mundo entero en treinta y ocho días y me di cuenta de que después de atravesar cierto umbral de novedad y asombro, las diferencias empiezan a escasear y los patrones son cada vez más evidentes y preocupantes. Las ciudades están construidas de acuerdo a las necesidades de las personas y la gente sigue siendo gente sin importar si es japonesa, irlandesa, española o uruguaya.

La duración cada vez menor de la euforia propia de cada nuevo descubrimiento y la acumulación sucesiva de decepciones y desencantos eran alarmas evidentes de lo que se acercaba: el cenit de la experiencia seguido de la total y definitiva extinción de la misma. Lo que nunca sospeché fue que el suceso detonante ocurriera de manera tan insólita. Resultó que el caminante que ahogué en mis primeros experimentos, era jefe de programación de un canal de TV local. Su hijo, un simple carga cables, fue promovido para reemplazarlo y aunque tardó en aprender el oficio, pronto se convirtió en un jefe de programación tan efectivo como su padre. El 13 de enero de 1994, quinto aniversario de la muerte del caminante, decidió por primera vez no supervisar él mismo la

programación del canal para rendir un homenaje fúnebre organizado con familiares que venían del exterior y llegarían a la madrugada, como consecuencia del cambio de horario. Seleccionó al azar material de archivo y lo hizo pasar por una emisión en directo rotulándole el clásico intertítulo EN VIVO. Pensó que nadie lo notaria. ¿Quién prendería un televisor a las tres de la mañana?

Esa noche me encontraba insomne. Sintonicé un canal local y noté que emitían un programa en vivo. Pensé que una vuelta por la ciudad podría reconfortarme, pero había algo extraño en el programa, se me antojaba familiar. El presentador empezó a hablar y sus diálogos me sonaban conocidos, algo hacía eco en mi mente y entonces lo recordé. Era el mismo programa que había visto dos meses atrás cuando descubrí que podía viajar a través de la televisión. Lo recordé todo con exactitud. El zancudo, mis manos ocupadas, la comezón en el ojo y hasta el guiño, y lo recordé de una forma tan nítida que lo volví a hacer. Tras el guiño, al abrir el ojo izquierdo, estaba en la mirada del presentador. Todo era igual: mismas cámaras, mismo telepronter, mismo equipo técnico. Salí del estudio y viajé de mirada en mirada hasta llegar a la fachada de mi casa nuevamente y allí estaba yo frente a la ventana desde afuera, allí estaba yo sentado frente al televisor mirando un programa en vivo y allí estaba yo en idéntica posición y actitud dos meses después a las cinco y veinticinco. La santísima trinidad de la mirada. Me hubiera gustado saborear el momento, dilatarlo hasta donde fuera posible, pero mi yo del pasado giró para mirar a la ventana y desde la mirada del caminante que lo contemplaba por la ventana, respondí al guiño casi por instinto.

No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente porque tardé mucho en convencerme de que estaba despierto. La ausencia total de imagen era algo que no había concebido ni siquiera en pesadillas y vivirlo de golpe, justo después de haber estado tan cerca del último escalafón, llegó casi a noquearme. Recuerdo los intensos parpadeos y los guiños frenéticos que siguieron a la nada visual, el dolor intenso en los ojos y finalmente el cansancio, la derrota y la resignación. No sé si los dos guiños en simultánea provocaron la anulación de miradas o si se produjo una sobrecarga de imágenes que devino en el apagón total. No sé. Nadie me dio un manual de instrucciones. Todo lo que sé sobre el guiño y las miradas lo descubrí sobre la marcha. Por eso accedí a conceder esta entrevista. Si existe otro *blinker*, mejor que se ahorre el trabajo pesado y empiece donde me quedé.

Deivis Cortés (1986): Realizador y analista audiovisual. Profesor Universitario. Coordinador Cinemateca Sala Alterna. Ha colaborado en las revistas Kinetoscopio, Extrabismos, Arcadia, Revista Universidad de

Antioquia, Revista Excodra, Hojas Universitarias, Gamers-On. En 2009 fue reseñista de las Maletas de cine del Ministerio de Cultura. Ha sido ponente de varios foros nacionales de filosofía con ensayos a propósito de cine. Cursó estudios de Licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Pedagógica Nacional. Egresado de la Escuela de Cine y TV de la Universidad Nacional de Colombia. Coautor del libro de ensayos Bogotá fílmica – 2013". Egresado del Taller de Escrituras Creativas RELATA 2012, donde ganó el premio del jurado a mejor cuento. Obtuvo el segundo lugar en el concurso distrital de cuento de IDARTES 2013. Es profesor catedrático de la Escuela de Cine de la Universidad Nacional de Colombia.

Esta es su primera publicación en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con EL INCIDENTE JOHNSON-MUÑOZ, de Gabriel J. Gil Pérez.

La tía Merkel

Deborah Walker

 **INGLATERRA**

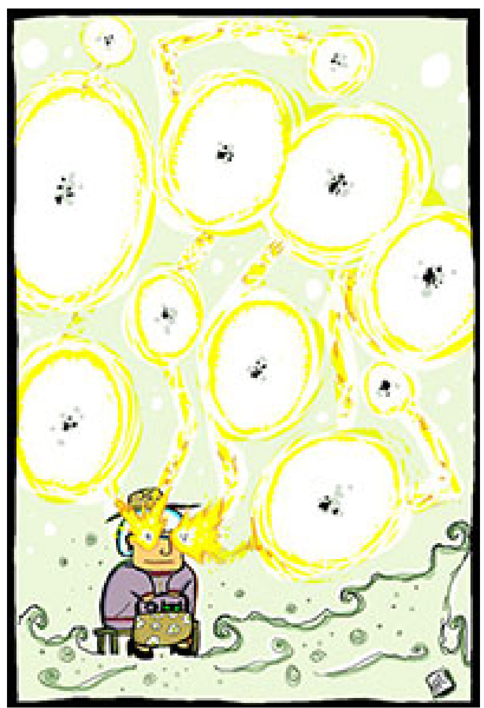


Ilustración: Ferrán Clavero

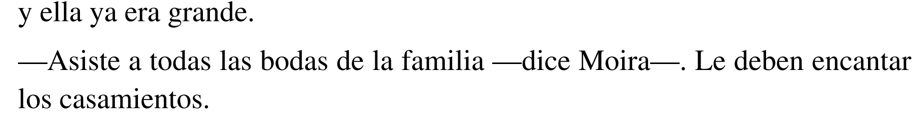
Una iglesia inglesa. Una boda en agosto.

La tía Merkel se sienta en los primeros bancos, mirando fijamente a la feliz pareja. Viste el trajecito que usa en las bodas, una chaqueta de punto con tres botones sobre un vestido haciendo juego. La luz de los vitrales se refleja en sus lentes fondo de botella con puntas como alas.

Dos viudas, Edith y su hermana Moira se sientan susurrando comentarios sobre en el resto de la congregación. Han elegido una posición respetable en medio de las filas de bancos: lo suficientemente cerca como para demostrar que son familiares, pero con la distancia precisa para exhibir que no pretenden acaparar los primeros lugares.

—¿Aquella no es la tía Merkel? —dice Moira—. Oh, sí, sí que lo es.

—Se debe estar poniendo un poco mayor —dice Edith—. Yo era bien chica



y ella ya era grande.

—Asiste a todas las bodas de la familia —dice Moira—. Le deben encantar los casamientos.

—No creo: al fin de cuentas es una solterona —dice Edith.

—¿Qué es eso en su cartera? Se parece a una rata —Moira se inclina hacia adelante para observar mejor la extraña criatura que espía asomado en la cartera de la tía Merkel.

—Ese es el señor Tegmark —dice Edith—. El gato sin pelo de la tía Merkel. Siempre fue bastante excéntrica.

—Es una criatura de aspecto extraño —dice Moira. Cuando el gato se dio cuenta de que lo estaba mirando, desapareció en las profundidades de la cartera—. Es un gato al que no le gusta que lo miren —dice Moira con un resoplido.

La dama de honor de la novia camina hacia el frente de la iglesia. Se toma de los lados del atril con forma de águila. Su voz tiembla mientras habla.

—Nervios —dice Edith.

Las palabras de la dama de honor fluyen sobre las hermanas:

Donde quiera que tú fueres, iré yo; y donde quiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios mi Dios. Donde tú mueras, moriré yo y allí seré sepultada. Así haga el Señor conmigo, y aún peor, si algo, excepto la muerte, nos separa.

—El Libro de Ruth es tan hermoso —murmura Moira.

Asiente Edith, perdida en el pasado. En su propia boda también habían leído el Libro de Ruth. Qué matrimonio tan feliz. Extrañaba tanto a su Bert… Un destello de luz brillante reflejado en las gafas de la tía Merkel la saca bruscamente de su ensoñación.

—Ella nunca asiste a la fiesta —dice Edith.

—¿Quién?

—La tía Merkel.

—Ah…

—Tampoco me hizo un regalo —susurra Edith, pasando un dedo por el escote de su vestido comprado especialmente para esta boda y que le queda un poco apretado.

Los sonidos del órgano llenan la iglesia con los acordes de Todas las cosas brillantes y hermosas. Un himno muy bien elegido. La congregación conoce la letra y se une con gusto.

Entonces el primo Mitch se pone de pie para hacer la última lectura. Su nueva pareja mira alrededor. Ve que Edith y Moira la están mirando y les sonríe.

Edith le da un codazo a su hermana.

—Qué descaro el del primo Mitch. Traer a su nueva muñequita a una boda familiar —dice.

Moira asiente levantando una ceja.

—Dice que está tratando de divorciarse.

—¿Divorcio? Yo no apruebo el divorcio —dice Edith.

El primo Mitch se sitúa en el atril y lee en voz alta:

El amor nunca es jactancioso, ni vanidoso, ni grosero. El amor nunca es egoísta, no es rápido para ofenderse. No hay nada que el amor no pueda enfrentar. El amor todo lo cree, todo lo espera, todo lo disculpa. En una palabra, hay tres cosas que duran para siempre: la fe, la esperanza y el amor. Pero el mayor de todos ellos es el amor.

Las hermanas se han olvidado de la tía Merkel. Los pensamientos se deslizan alrededor tía Merkel; es mejor así.

A la tía Merkel le gustan las bodas. Piensa en todas las otras bodas que se están celebrando este día, con parejas haciéndose los mismos votos de esperanza. Desearía poder asistir a *todas* las bodas. Pero no puede. El multiverso es muy, muy grande y debido a la inflación caótica siempre está en expansión, como un pan cocinándose para siempre en el horno de la eternidad. A la tía Merkel le gusta la burbuja de *este* universo que detuvo su expansión hace un tiempo, como si el pan se hubiera quedado estático. Cuando en un espasmo de simetría espontánea se formó esta burbuja, el tiempo lineal quedó encerrado. Uno puede mantener las otras 10^10^10^7 burbujas con sus diversas restricciones físicas. A la tía Merkel le gusta la linealidad; le gusta la ceremonia; le gusta la repetición.

Y también le gusta esta familia que la tiene anclada aquí, cuyas vidas fugaces dan sentido a la eternidad de la tía Merkel.

Es cierto que nunca trae regalos pero trae algo mejor. Está mirando a la feliz pareja y mientras tanto está indagando en los diversos futuros, tratando de desenmarañar el ovillo enredado para encontrar el hilo de un matrimonio feliz.

La pareja hace sus votos.

Es difícil tener un matrimonio feliz, pero en este universo de burbujas hay un montón de mundos para elegir, la felicidad es posible. La tía Merkel

busca los dobles de la feliz pareja; a través de los paralelismos y posibilidades; a través de bullicio de volúmenes; descartando los innumerables mundos de tristeza, decepción, divorcio; siempre siguiendo un hilo: hay tres cosas que duran para siempre… y el mayor de todos ellos es el amor.

Cuando los novios terminaron de hacer sus votos y se dieron el beso, la tía Merkel les dio su regalo. Moira estaba en lo cierto: la tía Merkel es una romántica. Y aunque nunca trae un regalo, siempre brinda un futuro a la nueva pareja.

La boda termina y la congregación espera en el atrio mientras la pareja firma el registro.

Edith hurga en su bolso buscando una caja de papel picado.

—¿Dónde está la tía Merkel? —pregunta Moira.

—Se debe haber escapado.

—Edith ¿por qué estás llorando?

Edith enjuga las lágrimas.

—Tuve un matrimonio tan feliz, Moira.

Moira agarra la mano de su hermana con tanta fuerza que sus nudillos se ponen blancos.

—Lo sé, mi amor. Las dos tuvimos matrimonios muy felices. Las dos fuimos bendecidas con ese regalo.

Una iglesia inglesa. Una boda en agosto. El regalo perdurable del amor.

Título original: *Aunty Merkel* © **Deborah Walker**
Traducción: **Pablo Martínez Burkett**, © 2016

Este relato fue publicado por primera vez en Nature's Futures (2010). Deborah Walker creció en la ciudad más inglesa de su país, Ripley, pero pronto se mudó a Londres, donde ahora vive con su pareja, Chris, y sus dos pequeños hijos. Pueden encontrar a Deborah en el Museo Británico deambulando entre el pasado para conseguir inspiración futura o en su blog. Sus relatos han aparecido en Nature's Futures, Cosmos, Daily of Science Fiction y en Year Best SF 18.

Ha publicado previamente en Axxón sus cuentos SIBYL y VÁLIDA PARA ALGO.

Este cuento se vincula temáticamente con CRONOELIPSIS, de Alejandro Alonso, EL AMOR DE SUS VIDAS, de Ian Watson y Roberto Quaglia, y SOBRE LOS DIVERSOS USOS DEL CEDRO, de Geoffrey W. Cole.

Receta para una dieta

Pedro Paunero

 **MÉXICO**

Para José Luis Zárate, con la amistad de las letras

I



Ilustración: Pedro Belushi

Salí del salón de clases con el portafolio en una mano y las llaves del auto en la otra, deslizándome aprisa, mirando sobre los hombros en el pasillo, con la idea fija de escapar lo más pronto de la universidad, cuando al doblar la esquina casi derribé a la anciana señorita Henson.

—¡Disculpe usted, no la vi!

—¡Pues claro que no, profesor López —levantó la voz—, usted siempre anda distraído y como huyendo por el campus! ¿Cree que no lo he notado?

—Sí, sí, tiene usted razón, perdóneme pero debo… debo ir… He dejado a los chicos muy tranquilitos en el aula por si tenía usted curiosidad por saberlo.

En ese momento el portafolios se me resbalaba de entre los dedos mojados por el sudor. Miré nervioso sobre el hombro otra vez y no vi a nadie. Me moví a la derecha pues la Señorita Henson y yo nos encontrábamos arrinconados contra la pared, pero a ella se le ocurrió moverse también y volvimos a chocarnos. Sonreí estúpidamente en su cara, entonces di un paso largo hacia el centro del pasillo y por fin alcancé la puerta. Aún pude ver que la señorita Henson echaba a andar, sola, moviendo la cabeza

negativamente y murmurando entre dientes mientras se acomodaba los anteojos, sostenidos por una cadenita tras la nuca, que nuestro impacto había hecho caer sobre su pecho.

Muy aprisa bajé los cinco escalones y seguí por el sendero hacia los jardines. El estacionamiento estaba cerca. Un vientecillo otoñal soplaba entre los árboles. Aún faltaban unos metros de setos, alumnos riendo y retozando por ahí y por acá, y ya podía ver las relucientes pinturas de los autos y los parabrisas como una promesa o como una…

—¡Mi amor, oh, mi amor!

Si han escuchado esa frase dramática y barata de *El alma se me cayó a los pies*, bien puedo decir que eso y mucho más sentí al verla brotar —el colapso gravitatorio, un meteorito formando un cráter en un evento de extinción, un planeta chocando con otro de entre los setos—, corriendo sobre sus diminutos zapatos que, milagrosamente, sostenían sus ciento ochenta kilos de peso.

—¡Yujú, yujú! —agitaba su pañuelito rosado de encaje y se me acercaba peligrosamente: Una orca a punto de caerle encima a una nutria, un elefante con tutú, el planeta Saturno sobre dos diminutas patas—. ¿Qué, pensabas dejarme, eh, amorcito?

—¡No, yo…! Yo…

En ese momento el portafolio resbaló de mis manos y cuando ella por fin se detuvo sobre mí —o casi—, abrí los ojos como platos y las llaves se me cayeron al suelo.

Fue tirándome besos por el camino y tapando toda la ventanilla del lado del copiloto.

—¿Iremos a cenar esta noche, mi amor, eh, me llevarás a ese nuevo restaurante a las afueras de la ciudad? Dicen que sirven buen pescado marinado.

En ese momento se me ocurrió aquello.

—Sí —le dije, sonriendo—, claro que sí, *pequeña* mía. Paso por ti a las ocho en punto. No lo olvides.

Detuve el auto, abrí la portezuela, rodeé el vehículo, le abrí la portezuela y salió como tapón de sidra (casi pude escuchar el estampido). El instinto me hizo retroceder, se inclinó peligrosa, amenazante, y me estampó un beso húmedo en los labios.

—¡Oh, mi amor, soy muy feliz!

De modo que esperé a que abriera la puerta de su casa, entrara y me soplara más besos, a los que respondí moviendo la mano, todo sonrisas fingidas.

II

—¿Has oído hablar de *Nuevo Horizonte*, Brenda? —le pregunté.

Se había volcado medio galón de perfume encima lo que provocaba que me picara la nariz.

—No querido, ¿qué es eso? Suena a una especie de secta.

—Pues es más bien una comunidad utópica —estornudé—, ahí va la gente a bien morir. ¿Entiendes? Se trata de una sociedad de eutanásicos —volví a estornudar—. ¿Has cambiado de perfume, querida? La gente que ahí va recibe toda clase de atenciones antes de morir de manera artificial y mucho antes de que la muerte natural, dolorosa, deformante y apestosa —agité la mano ante el perfume, como ante un insecto molesto—, les alcance.

—¿Y a qué viene eso, mi amor, por qué lo dices? Me estás asustando…

Volví a estornudar.

—Ah, por nada en especial. Lo recordé simplemente. *Nuevo Horizonte* se encuentra de camino al restaurante a donde quieres ir. Sólo hay que desviarse hacia un sendero a la derecha y ya estás en *otro mundo.* Si lo deseas, podemos desviarnos un momento; después de todo el pescado no irá a ningún lado, ¿verdad? Podremos ver las cúpulas plateadas de la comunidad a lo lejos. Te gustarán, lo sé, parecen dos enormes… —Le miré las tetas planetarias en medio de las cuales se hundía un diminuto crucifijo dorado sostenido por una cadenita pendiendo de su cuello, perdida entre kilos de grasa— dos enormes… pues eso, cúpulas plateadas.

—¡Ay, mi amor, tú y tus raras ideas! Vamos pues… menos mal que he traído un aperitivo ¿Quieres uno?

Sacó de quién sabe dónde un enorme sándwich que dejaba ver lo verde de la lechuga entre sus rebanadas de pan, queso de distintos tipos y colores, tomate, cebolla, lonchas de jamón como cinco veces repetidas y encimadas, las unas sobre las otras, como los pisos de un rascacielos.

Giré a la derecha. Salimos de la carretera. Apenas reparaba ella en el camino angosto, cercado y cubierto por encima por las copas entretejidas de los árboles oscuros que llevaban a la cabaña, mientras comía, echándose encima gran cantidad de moronas de pan y gotitas en lluvia fina de cátsup,

mantequilla, mayonesa y mostaza en el escote. Las moronas rodaban cuesta abajo, internándose entre los dos gigantescos globos.

Paré el auto. Salí. El aire estaba fresco y respiré profundamente la brisa del mar.

—¡Ven, Brenda, no te pierdas esto, hemos llegado!

Salió.

—¡Pero esto parece de cuento de hadas!

—Aún no has visto nada. —Giré la llave. Abrí la puerta, atravesé la sala y salí al porche que da al lago. Ella me siguió.

—¿De quién es esta cabaña?

—Mía, por supuesto. Era una sorpresa que te tenía.

—¿Una sorpresa? —su cabeza calenturienta echó a girar a velocidad luz.

—*Of Course!* —Sonreí—. Mira hacia allá… Más allá de los árboles, a unos treinta metros, está la playa ¿Escuchas las olas? Y si ves entre las ramas, por la izquierda —apunté con el dedo y ella se estiró lo más que pudo—, podrás ver las cúpulas de que te hablé. Este lago a nuestros pies se desborda cuando llueve, y sus aguas arrastran esos nenúfares hasta el mar. Mañana iremos a caminar y te lo enseñaré.

—¿Entonces nos quedaremos aquí? —Estaba extasiada. Por un instante sentí lástima, siguió estirando el cuello—. No veo ninguna cúpula…

—Nos quedaremos aquí, así es, pero primero iremos por tu pescado, regresaremos y…

—¡Haremos el amor! —Se me echó encima con los brazos abiertos y casi me derribó.

Eso me decidió.

—Sí, sí, pero tranquilízate… Ven, te mostraré la cocina dónde pasarás muchas horas felices…

Entró por delante. Al principio me fue difícil alcanzar su cuello desde atrás pero trepé por su espalda como sobre una inmensa morsa macho y rebané desde debajo de la oreja izquierda hasta la derecha, insensible, apretando los dientes, sudando. Fue como bañarse bajo la lluvia de una regadera, pero roja e imparable. Giró sobre los talones. Me miró aterrorizada y cayó por fin de bruces con un golpe seco de fractura de nariz. Me llevó varias horas limpiar todo, varias más medio arrastrarla y medio rodarla por los escalones de madera hasta la zanja de abajo, donde brota el drenaje de la cabaña que va a desembocar en el lago. Ahí la descuarticé y estuve tirando las piezas a lo largo de la zanja, medio sumergiéndolas, medio enterrándolas, hasta la

orilla misma del lago. Regresé a la cabaña. Me di un buen baño de tina, descorché un buen tinto y freí un arenque que tenía en la nevera.

Descansé y me dormí por fin ante la chimenea, que amaneció apagada. Por la mañana abordé el auto y volví a la ciudad.

III

Iba silbando por el pasillo, portafolio en mano, cuando casi derribé a la señorita Henson al doblar la esquina.

—¡Profesor López, fíjese por dónde camina!

—¡Señorita Henson, mi buena y dulce señorita Henson! ¿A que el otoño llega perfumado y fresco, no le parece? —Aspiré con los ojos cerrados el olor a cloro que la chica que aseaba los pasillos dejaba por doquier, y me puse a estornudar.

—¡No diga tonterías! —Se apartó y siguió su camino y yo el mío, sin prisas, silbando; bajé los escalones, alcancé el estacionamiento y le sonreí a todas las chicas bonitas de la universidad que se me atravesaron por aquí y por allí.

IV



Ilustración: Fraga

Con un grito desperté, empapado en sudor. En el sueño se me aparecía en pedazos que se empezaban a unir por toda la extensión de las aguas negras, reptando y reintegrándose a su cuerpo. Su cabeza flotante surgía, cara arriba, de entre el agua, y sus labios amoratados se abrían obscenos:

—¡Aliméntame! —decía—. Lo prometiste. ¡Ven a darme de comer, tengo hambre…!

En pijamas dejé la tibieza de mi cama y saqué el auto. Fui, medio loco, medio asustado, medio…

Dejé atrás la carretera, seguí por el camino lateral. Me quedé varios minutos tras el volante, mirando con horror la cabaña. Cuando me decidí por fin a salir el frío me caló los huesos y lamenté las prisas, y el no haberme abrigado. Abrí, eché leña a la chimenea, la encendí y me calenté un rato mientras pensaba en que todo había sido un sueño estúpido, como todos los sueños.

Busqué en el armario y encontré un suéter viejo que me eché sobre los hombros. Salí al porche, bajé las escaleras. Deambulé a lo largo de la zanja. Di un manotazo al aire con la intención de regresar a la ciudad, alejando de mi mente los siniestros pensamientos, cuando eso habló. Me quedé inmóvil y si han escuchado la frase trillada *como clavado al suelo*, créanme que yo lo estaba. Aquello hablaba, sí, pero su voz gorgoteaba.

Lentamente, con el cuello rígido, volteé. Cara arriba, los labios amoratados aún bajo la superficie cenagosa, los ojos vidriosos, hablaba.

Me hablaba.

—Aliméntame& #151;dijo. Y no era la voz que tenía cuando vivía, sino una voz profunda, como que llegaba desde un agujero muy hondo o del fondo de una vasija funeraria—. Aliméntame, lo prometiste. Dijiste que me llevarías a cenar.

—¡Pero… maldita… maldita…!

—¿Ahora me maldices, es que no me quieres?

—No, no, quiero decir… maldita sea mi suerte. ¿Cómo es que puedes hablar?

—Tengo hambre. Dame de comer.

—¿Si te doy de comer… me dejarás en paz?

—Aliméntame —dijo—. Entonces puede ser…

Tragué saliva.

—¿Quie… quieres que te traiga el pescado que deseabas?

—No idiota. —Eso me sorprendió pues jamás me había llamado así antes —. Quiero un tipo de comida muy especial. Algo que puede hacerme bajar de peso. Lo que sucedió fue porque no te gustaba como era. Ahora ya sé cómo puedo gustarte.

Explicó la forma de comer y bajar de peso a la vez. Una receta, dijo, infalible. La había escuchado de labios de varios médicos brujos que acompañaban su alma en pena en el Más Allá.

V

Encontré a la primera chica haciendo calle en el centro de la ciudad. Me gustaron sus caderas y su trasero firme y amplio. Le gustó la cabaña y a la tercera botella de vino se achispó y empezó a desnudarse y bailar. Cuando la invité a la cama y la amordacé y até sus manos y tobillos a los barrotes de la cama, no podía dejar de sonreír aún bajo el pañuelo que puse en su boca. Le rebané el cuello cuidando que la sangre llenara una serie de lavamanos y otros recipientes que tenía preparados. No quería volver a limpiar un desastre como el de la vez anterior. Una vez bien desangrada me eché el cuerpo desnudo al hombro y lo bajé a la zanja, dónde procedí a descuartizarla. Arrojé la sangre al agua y los pedazos por acá y por allá. Le di la espalda a la zanja y subí los escalones, tratando de ignorar los sonidos de masticación y los borbotones que llegaban del agua podrida.

La segunda chica fue una de mis alumnas. Había flojeado todo el semestre y sabía que no pasaría el curso. Créanme si les digo que no fui yo, sino ella, quien tuvo la idea del acostón aquel. Le tomé la palabra. De ella admiraba sus tetas duras, de tamaño perfecto para caber apenas en las manos, y sus grandes y expresivos ojos verdes. De la tercera me gustó el cabello castaño, y de la cuarta el vientre plano. La quinta y la sexta aportaron belleza de rostro y otros detalles; y cuando llegué a la decimocuarta la zanja apestaba ya a matadero, y uno se mareaba tan solo de permanecer cerca.

Esa noche llovió, las aguas del lago se desbordaron y alcanzaron el mar. En medio de los nenúfares, las olas arrojaron a la playa pedazos sanguinolentos de carne y espuma roja, y fragmentos de hueso, pleura, intestino, cabello, ojos vaciados y uñas con o sin dedos. Aterrado, pasé la madrugada y bien entrado el día en la labor horrible de enterrar los restos humanos de catorce chicas a lo largo de la orilla del mar. Cuando volví, tambaleándome, durmiéndome a cada paso, mojado por el mar y la sangre, con la idea de bañarme y dormir sin volver a la ciudad, escuché ruidos como de succión

en la zanja.

Sabía que era ella pero pasé de largo sin mirar.

—Buen provecho —dije—. Yo me voy a la cama.

Estaba a medio sueño cuando oí a alguien intentando abrir la puerta del porche. Abrí los ojos y los ruidos cesaron. Volví a dormirme. No sabía cuánto tiempo había pasado.

Los ruidos continuaron. Abrí los ojos. Escuché pasos húmedos. Cerré los ojos. Fuera la tormenta arreciaba. Sentí que algo se subía a mi cama y se arrastraba y gateaba desde mis pies hasta mi rostro. En medio de un relámpago la vi sobre mí. Grité, creyendo que soñaba.

—¡Pero qué puto cliché de película de terror es esta!

Ahí estaba. Escurría agua y los pétalos de los nenúfares se le desprendían de la silueta de su cuerpo hasta el colchón.

—¡Bésame! —pidió—. Sólo falta saciar otro tipo de hambre para poner punto final a la receta.

—¿Brenda? —balbuceé.

—Tu Brenda, mi amor. Eternamente tuya.

Nos abrazamos. Olía a hierbas y flores. Sus ojos brillaban con vida, como soles en primavera, encendidos con amor y pasión, toda ella nueva, un cuerpo adolescente mojado, recién nacido, única y múltiple, como pedida, mandada a hacer, perfecta. Perfecta. Y hacía el amor como una, como varias, como catorce mujeres a la vez. Creí morir o nacer o renacer y entrar al útero y ser expulsado en miel y leche de esa tibieza sólo para recomenzar horas y horas, y sentí cómo era absorbido desde mi sexo y reabsorbido y arrojado a las orillas de la cama y entre sus brazos y sus labios abiertos que besaban, y ella se abría y cerraba y fui como un niño y un animal en celo y me envolvió y desenvolvió, también nuevo y más sabio en hambre y avidez, hasta dormirnos juntos como en un amanecer primordial que era muchos amaneceres terminales en un continuum alterado solo por el fuego de una hoguera sagrada en una escena atemporal.

Okey, okey, eso ha sido muy cursi pero juro que así me sentí.

Abrí los ojos y preparaba el desayuno.

—Hola mi amor, buenos días. Encontré huevos y hierbas de olor y nos preparé el desayuno.

No lo podía creer pero estaba ahí, radiante, de espaldas y no llevaba ropa mientras cocinaba. Sin ropa me acerqué. Apagué el fuego de la estufa. La eché sobre la mesita de la cocina y la tomé por detrás. Tuvimos sexo otra

vez antes de desayunar y después de desayunar, antes de comer y después de comer y cenamos sexo y dormimos con y entre el sexo también.

VI

El hombre más feliz del mundo fue a comprar ropa para su mujer recién nacida y se gastó todo el dinero que tenía. Cuando el efectivo se terminó comenzó con la tarjeta de crédito y regresó a su cabaña en medio de un bosque encantado a orillas de un lago perfumado y cubierto de nenúfares que cuando llovía se desbordaba y arrastraba las flores al mar. Toda la ropa cara y los zapatos y los accesorios y los sombreros y las gafas le quedaron como mandados a hacer a la mujer como mandada a hacer. La pareja perfecta pasó una semana teniendo el sexo más perfecto y arrebatado, comiendo y bebiendo y volviendo a amarse entre comidas.

El día que regresaron a la ciudad y fueron a la universidad todo el mundo murmuraba al ver al escuálido profesor de la mano de esa criatura tan hermosa como salvaje en su andar de prostituta costosa. El profesor recomendó a su novia como maestra de ciencias ante el director, y ella se quedó a impartir clases.

Y fue cuando empezaron las dificultades, por llamarles de alguna manera.

Y es que, un día, el profesor encontró a su chica teniendo sexo con un alumno en los baños, otro día con el director en su oficina, otro la encontró en los jardines, extendida bajo el cielo, en cueros, los ojos cerrados y un macho rijoso que nunca había visto antes encima de ella, babeando y lamiéndole la cara. Catorce veces catorce y multiplicado por catorce la encontró haciendo el amor, y parecía gozar cada vez como había gozado con él. Tal vez más. Y eso dolió.

—¡Tengo hambre —explicaba ella—. Te amo, pero no puedo quitarme esta hambre de encima! La siento aquí —y ella se llevaba la mano al bajo vientre— y aquí, en medio de las piernas.

Así, derrotado, el profesor López dejó la ciudad y se encerró durante muchos días en su cabaña encantada ahora desencantada.

VII

Bueno, era obvio que la esperaría, y sé que ustedes sabían que estaría

esperándola. Tenía un balde con champaña a un lado de la cama y una buena cena preparada para cuando llegara. Y velas y la chimenea encendida, y todos los clichés de una vieja película romántica. Si algo quedaba de la antigua Brenda en ese nuevo cuerpo tenía que despertar y resurgir esa noche.

Estaba preparado cuando tocó a la puerta.

—¡Adelante querida! —dije, zalamero—. ¡Está abierto!

Se quedó de pie, bajo el dintel de la puerta.

—Mi amor, yo… —miró las velas, la champaña, las rosas—. ¡Oh, qué dulce! —Su arrepentimiento parecía sincero.

—En esa fuente, sobre la mesita rodante, podrás encontrar un enorme y riquísimo pescado marinado. Como el que deseabas en aquella ocasión… que parece tan lejana… ¡Sí, como aquella vez! ¿Recuerdas?

Levantó la tapa y aspiró el aroma del pescado. A mí también se me abrió el apetito en ese momento. Otra clase de apetito, creo que comprenden.

—Aquí hay galletitas de nuez, que son las que te gustan, flanes, gelatina y dulces… Acércate y dame un beso.

Toda sonrisas se acercó. Cogí la escopeta y sin más le volé la cabeza para que no anduviera hablando aún después de muerta, de una buena vez. Que no le quedaran ni labios, ni boca, ni dientes o nariz.

¿Qué les puedo decir? Tuve que volver a limpiar, despiezar, tirar a la zanja todos los restos y ya por fin abordé el auto y eché a andar por la carretera.

VIII

Conduje alrededor de media hora dándole vueltas al asunto una y otra vez hasta que las cúpulas plateadas destellaron bajo la luz del amanecer. Era, en realidad, la visión de otro mundo.

—Nombre y ocupación —me preguntó un secretario en la gran sala de ingresos y yo respondí—. ¿Qué enfermedad incurable lo ha traído hasta nosotros?

Dudé por un segundo si la respuesta que debía dar era el hambre, luego, sin pensarlo dos veces, le solté de golpe al hombre que escribía en su terminal electrónica: —El amor. Sí, el amor…

El secretario levantó la vista, sonrió y se me quedó mirando así, entre conmovido y divertido, y se puso a teclear enseguida.

Pedro Paunero es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antalogado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo Las cinco grandes utopías del Siglo XX en la web española Alfa Eridiani.

En Axxón hemos publicado, además de varias ficciones breves: EL HOMBRE EQUIVOCADO, EL OTRO MESÍAS, NOCHES DE BANTIAN, LA NOCHE DE TEMPOAL, AHÍ FUERA, LA BÚSQUEDA DE AUSENCIA, DESPOJOS, ASÍ PERMANECE HERMOSA LISA MARIE (ANTICUADA CANCIÓN PARA SONÁMBULOS), UNA MUERTE EN CASA, UNA PEQUEÑA MENTIRA, LAS ENSEÑANZAS DE GAN BAO, LA IMPRONTA, EL HOMBRE DEL SIGILO, UN FAQUIR DE ESNAPUR, MEDIODÍA, CÁNTICO DE UN AMANTE QUE GIRA BAJO GIRASOLES UNA MAÑANA DE PRIMAVERA, EL PAISAJE DESDE EL PARAPETO, LA HISTORIA MÁS GRACIOSA CONTRA LA HISTORIA MÁS TRISTE DEL MUNDO, LA PUERTA EN EL MONTE, INCIDENTE EN EL JARDÍN DE NIÑOS (UN ABSURDO ARGUMENTO DE CINE 'SERIE B'), LO QUE PUEDO VER POR LA VENTANA y LÍNEA DE SANGRE.

Este cuento se vincula temáticamente con RECETA: HOMBRE FRITO, de Sergio Gaut vel Hartman.

El abismo

Luciano Sívori

 **ARGENTINA**



Ilustración: Luis di Donna

Cuando reviso mis notas y memorias de lo sucedido, me encuentro con que son tantos los elementos insólitos que me resulta difícil distinguir cuáles fueron reales y cuáles producto de mi paranoia.

Es perfectamente natural que yo, al publicar este simple dibujo basado en una experiencia íntima y decididamente incómoda, quiera proteger mi identidad con el uso de un sobrenombre. Las particularidades de este caso me volvieron un ser más cauteloso, quizás más cobarde, definitivamente menos imprudente. Por lo tanto —y aunque así no me crean— es perfectamente natural, repito, que pretenda cuidar mi nombre, que hoy es lo único intacto en mí. Precisamente por ello, me conocerán como Droste, sin que eso revele marca alguna sobre mi procedencia, edad o incluso status social.

I: El iceberg

Solo el 4% del contenido de la Web está disponible a través de buscadores como Google. El resto —casi 8 zetabytes— son sitios protegidos por contraseñas. Este impactante 96% restaste de Internet alberga las pasiones más repugnantes de la humanidad; se la conoce como la Deep Web.

Desde chico siempre tuve mucha inclinación hacia lo furtivo. Me empapé con clásica literatura de terror (Poe y Lovecraft, principalmente), investigué sobre leyendas urbanas y hasta fui autor de algunas *creepypastas* de considerable éxito. No compartí demasiado esta pasión oculta (la consideraba demasiado infantil) pero tampoco pude contenerla. Cuando fui creciendo me encontré a mí mismo dedicando progresivamente más tiempo a ver qué podía encontrar en la Internet profunda. No me considero un demente que se excita mirando pornografía infantil o leyendo sobre drogas y terrorismo. Mi curiosidad era profesional, genuina.

Mi curiosidad era inocente.

Recuerdo que romper con la inercia principal me llevó prácticamente un mes. Comencé a reunir información en diferentes sitios (siempre bajo seudónimo) y documenté tanto como pude. Ingresé a *chatrooms*, hablé en inglés con desconocidos durante largas horas de la noche y tomé una innumerable cantidad de notas. A medida que mi alias comenzó a hacerse habitual en la red, noté cómo vencía las primeras barreras. Muchas veces las personas estamos tan condicionadas por el entorno que ni el anonimato de Internet permite superar esas barreras. Respondemos con lo socialmente aceptado, lo correcto, y esta tendencia se incrementa ante la presencia de grupos. Nadie quiere ser el desubicado que opina diferente al resto.

Tardé un poco en aprender esa lección. No se puede preguntar en un foro directamente ¿Conocés una página para comprar drogas? y esperar que una misericordiosa alma se exponga ante todos. Hay que manejarse con sutileza, con calma. Aprendí la importancia del chat privado, de dejar que el tema vaya apareciendo solo. En un momento dado hasta tuve que hacer llamadas telefónicas por Skype a individuos sospechosos, de voz ronca y que hablaban sólo lo justo y necesario.

Fueron noches enteras donde la única luz en mi habitación era la que proporcionaba el monitor.

Tomé todas las precauciones necesarias. Hoy me doy cuenta que ni eso fue suficiente. Aún así, creé cuentas de correo exclusivas, irrastreables, utilicé navegadores anónimos y no descargué nada sin saber exactamente de qué se trataba.

Esta es la gran verdad: acceder a la Deep Web es como pretender entrar a un club privado del cual solo unos pocos conocen la ubicación. Y por más que encontrara direcciones particulares, la URL cambiaba constantemente. En esencia, necesitaba generar confianza con alguien para recibir una invitación formal. Y precisaba dinero para pagar la costosa entrada. *Money makes the world go round, baby*. Más de una vez me estafaron. Me ofrecían admisión a ciertos sitios y, luego de que yo giraba el dinero, el contacto se esfumaba.

Cierto día, en los comienzos de la primavera, el usuario Mise_abyme —a quien me gustaba imaginar como una hermosa y voluptuosa rubia (aunque probablemente fuera lo contrario)— me acercó la esperada convocatoria. Llevábamos varias sesiones de chat repartidas en los últimos quince días. Ella (quiero seguir pensando que era una mujer) me había hecho un sinfín de preguntas capciosas a lo largo de cinco o seis encuentros virtuales. Finalmente se convenció de mis nobles intenciones. Por sobre todo, descartó que yo fuera un agente del gobierno, del FBI, un investigador privado o cualquier persona que pudiera llegar a dañarla en el futuro.

Básicamente lo que detectó fue la realidad de la cual yo mismo era consciente. Droste era un don nadie, un individuo con modestas habilidades de programación y sin demasiada vida social, que solo había tenido sexo ocasional alguna vez en el pasado, casi por accidente, pero que pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto. Droste tenía unos kilitos de más y raramente hacía ejercicio por el puro placer de hacerlo. Su alimentación era a base de comida rápida de rotisería, fideos blancos y cerveza. Droste era un perdedor, un fracasado que únicamente quería ingresar al oscuro mundo de Internet para poder contarle la historia a sus dos únicos amigos.

No se había equivocado. Mise_abyme me había desenmascarado hasta el mínimo detalle.

Frente a mí se hallaba la entrada a la casita del terror. En su momento me pareció un inesperado golpe de suerte del destino: había estado en el lugar y tiempo correcto. Tantas noches en vela al fin rendían sus frutos. Ella me proporcionó algunas claves (por un módico precio, debo agregar) y me metí en la capa externa de la Deep Web, por decirlo de alguna forma. A partir de

ahí pude acceder más fácilmente a otros sitios porque el secretismo era paulatinamente menor. La información me era compartida de forma más libre, en lugar de tener que juntarla dosificada, a cuentagotas. Una vez adentro, ya era parte.

Era de uno ellos.

II: El agujero

Durante los siguientes días estuve muy inquieto.

Recorrí los mercados centrales más populares (Centrix, Silk Road, Agoratha) y muchos otros más. Me permito brindar los nombres reales de los sitios sin que esto sugiera una incitación al lector para que los visite. La variedad y cantidad de contenido disponible, y al alcance de un click, me dejó con la boca abierta: necrofilia absolutamente retorcida, membresías ilegales a páginas porno o a Netflix, documentos de identidad falsos, material snuff (filmaciones donde la gente muere en serio) y acceso ilimitado a drogas. Material escalofriante. Me crucé con manuales para construir bombas y consejos sobre cómo secuestrar adolescentes. Tuve la posibilidad de descargar documentos filtrados de gobiernos asiáticos y toda clase de información clasificada extranjera.

Llevaba ya sentado unas tres horas, tan hipnotizado que no escuchaba nada más que mi propio silencio, dándole vueltas en mi cerebro al asunto, clickeando y procurando esconder mi rastro de la mejor manera posible. Cuanto más lo pensaba, más extraordinario e inexplicable me parecía que este tipo de cosas perduraran inescrupulosamente. Indagando un poco más, me topé con guías para realizar fraudes bancarios y formularios para unirse a grupos terroristas.

Con el tiempo arribé a la conclusión de que nunca podemos conocer realmente a las personas. Los *chatrooms* tienen cientos de personas conectadas a toda hora. Ver al vecino regando el pasto me daba asco. Por fuera le sonreía, por dentro pensaba: ¿Qué secreto escondés? ¿Cuál es el morbo que te calienta? ¿Quién sos dentro de la red… en el anonimato, cuando nadie te ve?.

Era todo un universo paralelo donde nadie parecía alarmarse por secuestros, muertes y compras ilegales. ¿Y si mis amigos o familiares formaban parte de todo esto? Mi visión sobre la humanidad se alteró por completo. Perdí la fe en los hombres de este mundo. Cada video que miraba en nombre de la investigación destrozaba mis emociones, me dejaba sollozando un largo rato. No pude volver a ver a nadie de la misma manera.

La aventura tomó un giro hacia lo imprevisible la noche que entablé relación con un tal Cort_azar. Era misteriosamente amable, quizás demasiado. Sin cobrarme nada, y por pura bondad de su corazón, me guió hasta otros sitios todavía más clandestinos. Por la ilegalidad que rodeaba a todo el lugar, llegué a pensar que estaba finalmente penetrando en la capa de Internet más profunda. Fue precisamente allí donde todo se volvió decididamente peligroso.

No recuerdo bien cómo (ni por qué) terminamos hablando de las películas snuff. Dónde suelen filmarse (resulta que la gran mayoría proviene de países árabes), cuáles son las más populares, cómo se hacen, etc. Preguntarle por qué alguien querría filmar verdaderos homicidios en directo habría significado comprometer mi papel. Era preciso continuar con el juego, esconder los miedos y juicios aunque todo me resultara de una desproporcionada morbosidad.

Un ritmo suave y regular marcaba mis pulsaciones. Me gané su confianza y pasamos hacia una sala privada. Habremos estado chateando unos veinte minutos más cuando me lanzó una pregunta que me erizó la piel. ¿Querés verlo con tus propios ojos?, escribió en un inglés informal. Me intrigaba, sí. Pero ya no podía esconder el hecho de que tenía miedo, ese miedo tirano que te acorrala, que entrecorta tu respiración y te precipita los latidos del corazón. El miedo a pensar que le estás abriendo las puertas de tu casa a las Tinieblas, al mal personificado.

Temblaba. Le dije que sí, que quería ver. Cort_azar me solicitó un número fijo al que pudieran llamar. Lo pensé, lo pensé mucho. Repasé lo que había

invertido para llegar hasta ese punto, y luego pensé un poco más. Finalmente les proporcioné el número de mi hogar.

Un tipo me llamó quince minutos después (que se me hicieron eternos). Supongo que era el director o el administrador de uno de esos sitios. Tremendo hijo de puta. Me mantuvo al teléfono con preguntas incisivas durante casi una hora. Me habló de las consecuencias si rompía las reglas del sitio. Me amenazó. Quería quebrarme, sacarme de quicio. Quería que yo le gritara y cortara, que lo dejara ahí. Tenía que asegurarse de que yo era un candidato adecuado para su web. Eventualmente se convenció (puedo ser muy convincente cuando quiero) y Cort_azar me copió un link sobre el chat privado. Una clave de ingreso.

El diseño del sitio era cuadrado. Sin estilo. Con fondo negro y letras azules. En el centro había videos, como los que uno puede ver en Youtube. Pero los títulos estaban lejos de ser algo convencional: Ejecución vagabundo afueras Moldavia, Asesinato múltiple coreanos supermercado, Embarazada asesinada durmiendo. Estaba espantado. Sentí náuseas. Cada título parecía hecho con el mismo material de las pesadillas. Algunos no eran videos, sino *feeds*, filmaciones en vivo y en directo. Esos links tenían un contador hacia atrás (presuntamente el tiempo que faltaba para que comenzara). La noche era muy oscura, y empezaba a caer una fina llovizna. Me estremecí con una brisa de aire helado que irrumpió de pronto y me recorrió de pies a cabeza. Tenía la posibilidad de ver contenido snuff por mi propia cuenta.

¿Te gusta?, quiso saber Cort_azar. No le respondí. A los pocos segundos llegó un nuevo mensaje: Mirá éste, te va a interesar. Era un link que decía algo así como: Ahorcamiento nocturno joven. El contador indicaba que faltaban menos de tres minutos para su comienzo. El costo por ver: 189 dólares. Con una mano temblorosa, espantado, completamente horrorizado, giré el dinero y una webcam poco nítida se abrió automáticamente en una nueva solapa.

La nueva ventana no tenía chat, solamente un borde ligeramente más

brillante por la estática. Mi respiración estaba notablemente agitada y comenzaba a hacer frío. El mismo contador ahora aparecía en la esquina inferior del video. 19, 18, 17… Le subí el brillo al monitor pero ni así podía distinguir algo. Sólo se vislumbraba una pequeña luz blanca a lo lejos. Sentí que mi ropa se empapaba de sudor. 7, 6. Pum, pum. PUM, PUM. 3, 2… bebí un sorbo de la cerveza caliente que tenía en mi lata.

Había llegado el momento…

III: El abismo

Y entonces, oí el crujido de una puerta abriéndose.

La luz ingresó a mi habitación al mismo tiempo que el video se iluminó en mi computadora.

Sólo me percaté de lo que estaba sucediendo cuando sentí la rugosidad de la cuerda presionando mi cuello. La cámara se encontraba en *mi* cuarto. La luz que se veía era *mi* única fuente de iluminación. El joven era yo.

Lancé un grito de dolor que parecía el de una persona que se ha quedado sin habla. Ese grito, y aquel sobresalto, me mortificaron todavía más. Había en ambos una sensación indescriptible de culpabilidad, una condición de te lo buscaste flotando en el lugar. Forcejeamos. Literalmente luché por mi vida. Fue una sensación que no había tenido nunca. Es desesperante. No nos damos cuenta de lo mucho que necesitamos el aire hasta que nos falta del todo. El dolor es tan insoportable que uno advierte cómo el alma abandona el cuerpo. Los párpados se contraen violentamente, los músculos se ponen rígidos, y el cierre de las vías respiratorias es tan hermético que la sencilla tarea de respirar se vuelve imposible. Me sacudí y los oídos me silbaban.

Logré voltear la silla y pude rodar lejos del peligro. La soga se aflojó. Levanté la mirada y pude verlo. Allí estaba aquella cara amarilla y cadavérica. Una máscara. Se quedó ahí, respirando fuerte y observándome. Algo en mi interior me dijo que tenía que ser Cort_azar, que no podía ser otro. Era una persona y, sin embargo, de su cuerpo colgaban dos tentáculos color púrpura, flácidos. Se balanceaban hacia adelante y hacia atrás con lentitud, con cierta gracia. Sus piernas, o mejor dicho, sus extremidades inferiores eran delgadas y en forma de espiral. Se retorcían sobre sí mismas como el cuerpo de una serpiente.

Llegué a pensar que pudo haber habido algo en mi bebida, que yo había sido intoxicado con sustancias lisérgicas. La criatura tenía una forma (y una contextura) inconcebible, como nada que hubiera visto alguna vez en mi vida. Pero me esperaba otra experiencia más terrible. Eso se apresuró hacia mí en forma de mancha vaporosa. Volvió a tomar forma, o al menos su forma inicial, cuando la tuve frente a mis ojos. Movió sus tentáculos en forma de vaivén y me mostró una sonrisa perversa. Me miró, y lo único que hizo fue mirarme.

Corrí. Corrí como nunca, como si me persiguiera una bala con mi nombre, un misil teledirigido. Como si parar fuera equivalente a morir súbitamente. Cuando volví con la policía la mañana siguiente no había rastros de nada. Ninguna puerta ni ninguna ventana había sido forzada. Buscaron huellas o cosas que pudieran faltar (dije que me habían entrado a robar). Tampoco hallé la cámara en mi habitación.

Nada.

Nada de nada.

Los insté a inspeccionar cada rincón para cerciorarme de que no había ninguna presencia en la casa. Permanecí el tiempo necesario para convencerme de que estaba vacía en absoluto. Me resistí a contar una verdad, que ni yo mismo creía del todo, hasta ahora, momento en el que redacto este documento. Sé muy bien que son muchos los que se burlarán de los hechos que acabo de relatar. Mejor. Que así sea. Mi único deseo es que quienes aprecian su equilibrio cerebral no elijan adrede caer en el mismo abismo al que me arrojé tontamente. Todavía siento a seres espantosos e innominados que se deslizan con rapidez entre mis sueños.

Mientras juntaba mi cepillo de dientes y algo de ropa, me juré nunca volver a pisar aquel lugar endemoniado. Hice girar la manija de la puerta, sintiendo sobre mi corazón un peso como jamás lo había sentido, y miré una última vez hacia atrás. Sentí que me observaban. *Ellos*. Todos ellos. Justo antes de cerrar la puerta del cuarto, me volteé. Me pareció ver la cuerda tirada, oculta, hecha un bollo, ahí debajo de mi cama.

Luciano Sívori nació en 1987 en Bahía Blanca (Argentina) y es Ingeniero Industrial. Vive de su profesión y es profesor universitario, pero sus verdaderas pasiones son la escritura, el cine, la filosofía y los libros. Comparte sus cuentos, notas literarias, cultura y reflexiones cinéfilas a través de su blog.

Ha escrito guiones, cuentos, obras de teatro y artículos de interés

general. Su cuento A veces vuelven obtuvo la 2da. mención de honor en el Concurso Literario de Cuentos Horacio Quiroga (2013). Su cuento Implacablemente suyo obtuvo el 2º Premio en el género cuento del 1º Certamen Literario Dr. Juan Atilio Bramuglia. Por su parte, Castillos en el cielo recibió Mención Especial en el Concurso Internacional de Antología Digital Los Elegidos 2014?, organizado por el Instituto Cultural Latinoamericano.

En junio de 2013 se publicó su primera novela, Un verano para recordar, a través de la editorial bahiense EdiUNS. La novela abarca varios elementos sociales contemporáneos referidos a la juventud y da espacio para la intervención de aspectos filosóficos que forman parte de las creencias del autor y sus experiencias de vida.

Ha publicado en Axxón IMPLACABLEMENTE SUYO y EL HOMBRE DEL 4-D.

Este cuento se vincula temáticamente con TRASHPUNK, de Ramiro Sanchiz.

Regreso a Alba

Álvaro Morales



URUGUAY

—1—



Ilustración: Pedro Belushi

Llamaron a Paterson al despacho central de Tertius.

—¿Qué ocurre? —dijo en un acento plagado de consonantes que era suyo propio—. ¿Es algo que no pueda esperar quince minutos?

Tenía la barba tan larga que le llegaba hasta el pecho, los negros ojos se perdían en la profundidad de unas pobladas cejas.

—Está sucediendo ya mismo —respondió el enjuto administrativo.

—¡¡¡NO ENTIENDO!!! —gritó, salpicando saliva a metro y medio de distancia.

—Mire por la ventana.

Obedeció. Una fulgurante estela de todas las gamas del rojo cruzaba el nítido cielo boreal de este a oeste.

—¿Es un meteorito?

—No. Es una nave.

—¿Una nave?

—Está ingresando en la atmósfera, sin control. Creemos que podría no estar tripulada. Un resto espacial reingresando a Tertius.

—¿Es Orblog?

—No estoy seguro —intentó resumir—. Lo solicitan en el despacho.

De mala gana Paterson soltó la máquina con la que estaba soldando varias piezas metálicas. Bajó de un salto del andamio y se puso en marcha. Atravesó toda la sala de maquinarias y las salas de pruebas. Subió diez pisos en un ascensor con el diminuto hombrecito a su lado. Seguramente la máquina que manejaba pesaba más que él.

Recorrió un largo y vacío corredor en el que sus pisadas producían un eco cada vez más cercano. Al final, entró en el despacho sin golpear a la puerta.

—Ulrich —dijo casi gritando una vez adentro.

El aludido se sintió sorprendido y casi salta de la silla en la que estaba sentado.

—Paterson —dijo exaltado.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? —su agrio tono traslucía perfectamente su fastidio de ser molestado.

El otro se recompuso como pudo, acomodó los papeles que tenía delante y se arregló instintivamente el pelo.

—Bueno —dijo al fin—. No lo sabemos.

—Una nave está entrando en la atmósfera de Tertius —y sonó a un reproche.

—Sí, lo hemos visto.

—¿Cree que es el resto de una nave Orblog que ha quedado orbitando el planeta después de la guerra?

—No. Sabemos que es humana.

—¿Humana? ¿Y ha quedado orbitando el planeta? Digamos… ¿Es un escombro reingresando en el planeta?

Ulrich se sintió acalorado. Intentó con un sólo movimiento desabrocharse el primer botón de la camisa con una mano y con la otra alcanzar el control del aire acondicionado y no hizo bien ninguna de las dos cosas por lo que se detuvo, reconsideró y sólo desabrochó el botón.

—No. La hemos detectado hace semanas. Viene de fuera del sistema planetario.

Paterson se acercó hasta la mesa de vidrio.

—¿Está seguro?

—Sí. Pero no es una nave oficial. Ha aparecido de la nada.

Paterson se sentó estrepitosamente en la silla que lo enfrentaba a Ulrich y ésta hizo un angustioso crujido.

—Me está diciendo que una nave nuestra pero no identificada ni anunciada ha llegado hasta aquí desde un impreciso punto fuera del sistema planetario para desintegrarse en nuestra atmósfera.

—Eso parece.

—¿Y me quiere decir por qué demonios me han ido a buscar? —subió el tono de voz y amenazó golpear la mesa con el puño.

—Porque eso es tan sólo lo que parece —respondió el otro de inmediato—. Creemos que están haciendo un peligroso intento de aterrizaje.

—¿Y por qué demonios creen eso? Es un pedazo de chatarra candente que se está desintegrando —señaló el cielo que se veía a través de una de las ventanas pero sólo quedaba humo.

Ulrich lo miró con gesto triunfante. En cierto sentido disfrutaba de la impaciencia del otro.

—Se han comunicado con nosotros en el momento de ingresar en la atmósfera —dijo.

—¿Cómo?

—En realidad no fue una comunicación en lo más estricto del término. Tan sólo recibimos un mensaje.

—¿Y por qué no empezó por ahí? ¿Se trata de una misión de rescate?

—El piloto se ha identificado —le dijo. Y tras una pausa agregó: —Y ha preguntado por usted.

Paterson lo miró silencioso. Era como si el gigante barbado se hubiera congelado.

—HRS-456-B12.

—Eso es imposible —exclamó Paterson y se levantó de un salto. La silla se encorvó y permaneció girando un buen rato—. ¡ES IMPOSIBLE! —gritó.

—Eso pensamos. Es la identificación de Albanny. ¿Quiere ver las imágenes que nos llegaron…?

Paterson parecía perdido en sus propios pensamientos por lo que el otro procedió sin más trámites. En una pantalla en la pared del fondo apareció una imagen difusa y llena de estática. Franjas blancas y grises cruzaban la imagen. En el centro se distinguía una larga cabellera dorada, debajo se adivinaban los contornos de una mujer. Paterson se acercó a la pantalla.

—Parece Albanny, pero no puede serlo. Ella desapareció hace once años,

durante el desastre de Aldair Gamma. Los Orblog destruyeron por completo la colonia. Cuando la fuerza de choque llegó, ya era tarde, incluso para ellos mismos. Nada quedó. Y nadie sobrevivió. Es imposible que Albanny…

Orblog era tan sólo un nombre genérico. Nadie sabía cómo se llamaban a sí mismos y tampoco nadie vivo había visto uno. Por donde habían pasado, sólo habían dejado muerte y destrucción. Esa había sido la respuesta a la ingenua expansión del hombre por la galaxia.

—Ha preguntado por usted.

—Eso no significa nada. Esa no es Albanny.

—Entiendo que entre ustedes había un lazo que excedía…

Paterson se le acercó tan enérgico que el otro no pudo completar la frase.

—¡¡¡¿QUÉ ESTÁ QUERIENDO DECIR?!!! —dijo como en un bramido, una vez más, cargado de consonantes.

—Bueno… Lo que digo —tartamudeó Ulrich—. Es que es comprensible que si fuera Albanny preguntara por usted. Esto siempre manejando el hecho de que el lazo que los unía excedía las funciones que desempeñaban. Tenían un lazo afectivo.

Paterson lo miró conteniéndose para no caerle encima.

—¡¡¡ESA NO ES ALBANNY!!! —grito—. ¡¡¡ELLA ESTÁ MUERTA!!!

Y golpeó con el puño la mesa de vidrio, la que siguió vibrando aun cuando el sonido de sus pasos ya no se escuchaba en el fondo del corredor.

—2—

Paterson regresó a la sala de maquinarias con el funcionario que lo había convocado, siguiéndolo de cerca a una prudente distancia. Al enorme hombre le había bastado el descenso de diez pisos para decidir su proceder. Cuando llegó tomó una pesada caja y se puso una mochila a la espalda. Luego abrió un armario y comenzó a sacar herramientas.

A esas alturas toda la ciudad se daba por enterada del inusual suceso y la base militar, y en particular la sala de maquinarias, estaban evidentemente alteradas. Paterson habló con un jefe de ingenieros, con un jefe de máquinas y con varios mecánicos y técnicos. A los diez minutos todos estaban sobre un pesado transporte listos para salir de la base. El silencioso funcionario, que había observado todo con una envidiable cualidad

camaleónica, se comunicó con la sala diez pisos arriba, y en torno a la mesa de vidrio, Ulrich sonrió satisfecho.

El trasporte levantó el amarillento polvo del camino, tomó una curva pronunciada hacia la derecha y amenazó salirse de la calzada. El conductor no disminuyó la velocidad; el transporte se sacudió violentamente pero al dejar la curva retomó con prolijidad el camino. Paterson observaba serio el trayecto. Detrás de su tupida barba ningún gesto se adivinaba, pero sus ojos estaban cargados de un brillo intenso.

Un técnico a su derecha observaba una pantalla plagada de semicírculos y líneas fosforescentes.

—Ha caído detrás de Blumont —dijo en voz alta, como para que lo escucharan todos. Paterson pareció salir de su somnolencia.

—Eso es a 4 kilómetros —dijo.

—3.6, señor.

Paterson manipuló su comunicador.

—¡ULRICH! —gritó para superar el ruido que hacía el transporte.

—Lo oigo Paterson —se escuchó distorsionado.

—Cayó… O aterrizó, detrás de la Montaña Azul.

El otro demoró unos segundos en responder.

—¿Me quiere decir que eso es muy cerca?

Paterson tragó saliva y respiró hondo. Ese hombre le caía rematadamente mal. Un burócrata aniñado que sólo se envalentonaba cuando lo tenía lejos.

—Le estoy diciendo que ha aterrizado casi encima de nosotros. Eso no sólo me resulta demasiado cerca, sino que me lleva a pensar en intencionalidad. De ninguna forma se trata de una chatarra espacial reingresando en órbita. Alguien lo ha dirigido para llegar a nosotros.

—Eso es lo que yo le he dicho —se escuchó entrecortado.

—Yo también le he dicho otras cosas a usted y en las cuales aun creo y reafirmo —dijo entre dientes aunque a buen volumen.

Hubo unos segundos de silencio, sólo interrumpidos por la estática que producía cada salto del transporte.

—No sé si me corresponda decírselo pero lo haré —dijo por fin Ulrich.

—No lo haga —dijo Paterson en voz baja, como si fuera para sí mismo.

—Creo entender por lo que está pasando —continuó Ulrich demostrando que no lo había escuchado o que no le importaba—, pero tiene que manejar

la posibilidad, aunque sea remota, de que realmente sea ella volviendo a casa.

Paterson pensó un instante qué y cómo responderle sin perder la compostura.

—No estaría aquí si no existiera una posibilidad, pero es a usted y a sus científicos y burócratas a los que le corresponde averiguar cuán remota es esa posibilidad. ¡HÁGALO! —agregó y cortó la comunicación.

El transporte avanzó a través de los primeros escombros. Al superar una elevación, el valle cercano quedó a la vista y el conductor disminuyó la marcha. Adelante se veía humo; una larga herida como labrada en el verdor de la pradera señalaba la huella del violento aterrizaje. A ambos lados había una gran cantidad de restos humeantes.

Siguieron paralelamente a la huella unos doscientos metros y luego se detuvieron. Los técnicos se adelantaron con su equipo fluorescente. A los pocos minutos uno de ellos, que oficiaba de jefe de sector, se acercó hasta Paterson.

—Ha recibido una buena sacudida al ingresar a la atmósfera, pero, aunque vieja, es una nave dura, lo mejor que fabricaba la Federación. El casco exterior prácticamente se ha desintegrado. Supongo que no volverá a volar —dijo y Paterson sonrió por el chiste—. Pero el casco interior está intacto —agregó.

Paterson lo miró serio.

—Continúe.

—Si estaba tripulada, y si la cámara de sueño o un dispositivo similar funcionaba, y si han tenido un poco de suerte, tal vez haya aún alguien con vida en su interior.

—Entiendo.

—Hemos evaluado varios puntos por donde podríamos penetrar el casco interior, pero aún no sabemos cuál es el más adecuado. Tuvimos suerte en que haya caído en un terreno tan plano.

—¿Pudieron haber intentado aterrizarla? —preguntó Paterson.

—Bueno… Parece coherente que buscaran este tipo de terreno, pero por otro lado sería necesaria una experiencia… sorprendente. Si hubiera errado por un kilómetro se habría estampado contra Blumont. El sistema de navegación de la nave está estropeado, pero por la forma en que ha quedado desparramado por el terreno, me atrevería a aventurar que no lo ha hecho hasta ingresar a la atmósfera.

—¿Algo más?

—No, señor. Continuaremos con la evaluación del casco.

—Háganlo. Pero no lo abran hasta que yo se los indique.

El técnico afirmó con la cabeza y se perdió entre el humo que traía a ráfagas la brisa que subía del valle.

Paterson permaneció inmutable. Los mecánicos a su alrededor lo miraban en silencio. Lo conocían, algunos en forma casi íntima, y todos sabían que esa seriedad y ese silencio eran signos de lo alterado que se encontraba. Ninguno de los presentes quería ser parte de los turbios pensamientos de ese hombre. Paterson volvió a tomar el comunicador.

—¡Ulrich! —exclamó.

—Paterson —respondió el otro y su voz se escuchó claramente—. Tengo información que le podrá ser útil.

—Muy bien. Es una vieja nave de la Federación, de al menos cincuenta años.

—¿Una nave de la Fuerza de Choque?

Paterson tragó saliva antes de responder.

—Eso parece.

—¿En qué estado se encuentra?

—El casco interior está intacto. Si había tripulantes es probable que estén a salvo.

—Eso es alentador —dijo en tono jocoso.

El otro no respondió por lo que Ulrich continuó.

—Déjeme decirle que nuestros científicos poco han averiguado que ya no supiéramos. Ha ingresado al sistema planetario hace veinte días, siguiendo un curso gravitacional estable hasta aquí. No ha hecho variaciones de trayectoria ni virajes notorios en todo el recorrido. Pero al ingresar a la atmósfera no sólo ha virado, sino que ha hecho verdaderas maniobras de aterrizaje forzoso.

—Esto no demuestra que estuviera tripulada.

—¿A qué se refiere?

—A que las naves como ésta contaban con sistemas de navegación robóticos. Eso explicaría la uniformidad de la trayectoria y no el azar o la intencionalidad humana. Las computadoras han calculado el viaje antes de ingresar al sistema planetario y sólo lo han corregido cuando la presión del ingreso destrozó el sistema mecánico de navegación.

—Es posible. ¿Pero cómo explica la transmisión que recibimos?

—También podría ser parte de la programación de los sistemas de navegación.

—Lo que me está diciendo es que la nave de Albanny pudo haber vuelto a casa… ¿vacía?

—Puede no ser la nave de Albanny. No es la única nave de su tipo que fue enviada a Aldair Gamma.

Permanecieron unos segundos en silencio.

—¿Eso es lo que usted piensa mientras, tal vez, Albanny esté ahí adentro, intacta?

—No pretenda saber lo que pienso —dijo Paterson y fue como una sentencia.

—Abra el casco, Paterson. Es la única forma en la que sabremos la verdad.

—Lo sé —respondió secamente.

—Esa nave no respondió a nuestros intentos de comunicación aunque lo hemos intentado desde que la detectamos hace casi tres semanas.

Paterson se tomó unos segundos Veía como el jefe de técnicos atravesaba el humo en su dirección.

—Lo haré —dijo.

—Muy bien.

—Lo mantendré informado —y cortó la comunicación.

—3—

El agudo chirrido se detuvo y a los pocos segundos lo hizo el chisporroteo, dando lugar a una seguidilla de sonidos secos y repetitivos, como si se golpeara un enorme y metálico tambor. Luego, un estrépito de metal contra metal y de un gran peso cayendo.

La luz del sol sacudió el polvo dentro de la nave. El primer técnico ingresó con su máquina de análisis que levantó reflejos fosforescentes en el interior de las paredes ovaladas.

—Señor —dijo en un tono de voz muy bajo—. La atmósfera interior está intacta.

Paterson ingresó en la nave. El cuerpo principal era un óvalo alargado. El puente y las salas de soporte vital estaban elevados con respecto del resto.

Se dirigió de inmediato hacia las partes altas sin prestar mayor atención al destrozo por el que caminaba. La nave había extinguido automáticamente todos los incendios, pero un agrio olor a quemado viciaba el aire volviéndolo por momentos apenas respirable. A pesar de esto continuó adelante con los técnicos siguiéndolo de cerca. Pronto llegaron a la sala de soporte vital. En otro tiempo la puerta había sido transparente, ahora era gris y nada se veía a través de ella. Paterson se detuvo y los técnicos lo imitaron expectantes.

—Comprueben la integridad de la sala de máquinas —dijo luego de unos segundos en su habitual tono cavernoso.

Los técnicos se miraron entre sí.

—Señor —dijo dubitativo el que lo había estado informando—. Las salas de máquinas son inaccesibles, estaban en la parte inferior de la nave. Temo que poco pudo haber quedado de ellas.

—Háganlo igual —ordenó secamente.

—Señor —volvió a decir el técnico—. Deberíamos analizar la sala de sueño. Hemos detectado una alta posibilidad de que allí se encuentre alguien vivo.

—Lo sé —casi gritó—. Yo lo haré.

—¿Entrará solo?

Paterson no respondió.

Los técnicos se volvieron a mirar. Lo que se les ordenaba los alejaba peligrosamente del protocolo, pero ninguno se atrevió a volver a protestar. Uno a uno fue abandonando el corredor hasta dejar al gigante barbado solo. Éste limpió con la manga del uniforme un costado de la ventana hasta que dejó al descubierto el sistema que la abría. Luego miró hacia atrás, comprobó que estaba solo y la accionó. La puerta se desplazó silenciosamente a un costado.

Ingresó con paso decidido. Examinó con ojos bien abiertos por la expectación, cada una de las destrozadas cámaras de suspensión. La última era la única intacta, pero estaba cerrada.

Se dirigió hacia ella, tanteó los mandos a su derecha y ésta se abrió con un siseo al despresurizarse.

Paterson cayó de rodillas junto a la cámara sin poder dar crédito a lo que veía. Con una insospechada delicadeza, tomó el cuerpo de la mujer que allí se encontraba, como si estuviera hecha de cristal, y la llevó hasta la mesa de controles frente a las cámaras. La depositó con dulzura, se sacó el abrigo y

cubrió su desnudez.

Ella abrió los ojos.

—¿Alba? —dijo él con un tembloroso tono articulado y carente de las exageradas consonantes.

—¿Joseph? —preguntó ella y por respuesta se abrazaron. Un abrazo intenso que trascendía el espacio y el tiempo.

—¿Cómo es posible? —tartamudeó él—. Ha pasado tanto tiempo; once años Albanny. Te había dado por muerta.

—No importa, amor. Ya no. Ahora tan sólo importa que estemos juntos. De nuevo.

—Alba —pronunció su nombre con una infinita ternura y dejó que el llanto contenido escapara libremente.

Lloró larga e intensamente. Todas las lágrimas que había retenido durante tanto tiempo.

La besó y la acarició como si fuera un espejismo a punto de evaporarse. Su cara se hundió en la rubia cabellera y sintió la tibia firmeza de su cuerpo debajo de él. Ella lo acarició y retiró el abrigo que los separaba. Sintió su cuerpo y su sexo. Lo fue ayudando a quitarse el uniforme. Él la siguió decidido. La penetró como un torbellino furioso; sintió el húmedo calor de su interior como un sueño largamente anhelado. Ella se sacudió gimiendo, lo atrapó con las piernas y lo impulsó aún más contra su cuerpo. Él gritó de placer. Repitió innumerables veces su nombre como si la invocara. Ella giró sobre sí misma y lo dejó debajo. Comenzó un movimiento rítmico con las caderas; se alzó altiva con los senos erguidos como dos torres.

—Alba —gimió Paterson. Al mirarla más de cerca presintió que algo andaba mal.

—Estaremos juntos —dijo, y sonó a pregunta.

—Por siempre —respondió ella mientras su ritmo se aceleraba—. Estaremos juntos por siempre.

Él sintió un agudo dolor. La miró de cerca, intentó penetrar la profundidad de sus ojos y cuando al fin lo hizo, sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Percibió que ella lo examinaba desde adentro, escarbando en cada recóndito rincón de su mente y de su cuerpo. Se sintió débil, incapaz de sacársela de encima. Ella lo aprisionó aún más fuerte con las piernas y con las caderas. Continuó con su vaivén sobrehumano. Paterson la miró, una vez más, confundido, paralizado por un terror que iba creciendo en su interior.

—¿Albanny? —repitió con esfuerzo.

Entonces ella lo miró. Sus ojos eran dos mares negros sin ninguna expresividad. Su boca, esa boca tantas veces soñada y deseada, destino de tantos besos imaginados como antes, dulces, reales, se abrió exageradamente y un grito que había generado leyendas surgió desde su profundo interior.

—Ooorrrrbluuug…

—4—

Paterson salió de la nave y el humo lo rodeó. Avanzó hacia el grupo de técnicos y mecánicos que lo esperaban impacientes junto al transporte.

—No hay nadie en la sala de sueño. La nave no estaba tripulada.

Los técnicos se miraron sorprendidos.

—Señor —intervino el que oficiaba de jefe—. Nuestros instrumentos señalaban un tripulante vivo.

—Pero se equivocaban. Le repito que adentro no hay nada vivo. Seis de las siete cámaras están estropeadas; dentro de la séptima, que está intacta, sólo hay un resto carcomido y consumido por medio siglo de tiempo de lo que una vez fue una mujer de cabellera rubia.

—Señor… —insistió el técnico.

—Compruébelo usted mismo —respondió Paterson.

El técnico obedeció al instante procurando no entablar una inconveniente discusión y se perdió por el boquete en el interior de la nave.

—Debo hablar con el líder de Tertius, la última ciudad humana en el planeta —exclamó Paterson.

Los hombres en torno suyo se miraron sin saber cómo responder.

—Ulrich… —dijo uno de ellos.

—Llámelo por el comunicador —completó otro.

Paterson los miró serio. El viento le sacudía el pelo en la cara.

—No. Debo hablar con él en persona —dijo. Hay cosas importantes de las que debemos hablar. Pero en persona. ¿Hacia dónde está Tertius?

Uno de los técnicos señaló la dirección correcta sin poder salir de su asombro.

La alta figura se perdió en el humo y en la fina llovizna que había

comenzado a caer sobre la verde pradera, con destino a la ciudad, del otro lado de las Montañas Azules.

Álvaro Germán Morales Collazo tiene 37 años y es uruguayo. Estudia psicología. Relatos de su autoría han quedado seleccionados en alrededor de quince antologías. Entre ellos: Alejandría, en el IV Certamen de Relatos Breves de la Asociación Cultural Las Alcublas. Niños, y El despertar, en el VII Concurso de Microrelatos de Terror y Gore (2013), que organiza el Festival de Cine de Terror de Molins de Reis. Espejo 10?, en la antología Homenaje a Julio Cortazar de la editorial ArtGerust. Juego de niños 3?, en la I antología de Calabacines en el Ático, Grand Guignol, organizada por Saco de Huesos. Al final del negro laberinto, finalista en el I Concurso de Relato Breve Encuentros en la Tercera Frase, organizado conjuntamente por Letras Inquietas y Fata Libelli. Sótanos, en el III Concurso de Terror ArtGerust. Homenaje a Edgar Allan Poe. El zurdo Villalba, obtuvo una mención en el 8vo concurso El saber no ocupa lugar, Tala, Canelones, Uruguay. El juego de la arena, finalista en el Concurso Literario Gonzalo Rojas Pizarro. Recorridos, finalista en el I Concurso de Microrelatos de Terror, Librerío de la Plata.

Ha publicado en Axxón el microcuento 5100.

Este cuento se vincula temáticamente con ROADKILL JOE, de Milo James Fowler y CRONOELIPSIS, de Alejandro Alonso.

El frente de batalla

Sylvia Spruck Wrigley

 **EE.UU.**


Ilustración: Efrain Guillén Morales

Antes que nada quiero que olvides cada palabra que te dijeron en la oficina de reclutamiento. No, te pido que te detengas, no necesito escucharlo. Es todo mentira.

Párate aquí conmigo y mira a tu alrededor. Este es el frente de batalla. No, no es un eufemismo. Normalmente la guerra no es algo ordenado, con líneas rectas y estrategias fáciles de entender, pero aquí tenemos una línea. Es esa trinchera que ves allí. No te asomes demasiado cerca del borde.

Por día los Sporians desintegran a cuatro de nosotros. Tu nave trajo diez cajas de suministros y quinientos reclutas. Es cuestión de sacar la cuenta. No hagas amigos.

Escucha: no hace falta que te pongas uniforme o que aprendas a disparar un arma o hacer otra cosa que no sea estar aquí y beber el aceite de hígado de bacalao y morir. Esa es la realidad.

No, estoy bromeando. En realidad no es aceite de hígado de bacalao. Es

peor. Huele a mierda de perro y tiene sabor a mantequilla rancia. Tal como hicimos nosotros en su hora, vas a aprender a ignorar las arcadas y te lo vas a tragar con fuerza.

Esa es una de las pocas cosas que sabemos. Lo que no sabemos es cómo luchar contra ellos. Ni siquiera sabemos si son inteligentes. Pero cada vez que nos damos por vencidos y abandonamos la roca, se acercan más. Así que tu trabajo es mantenerte de pie como si quisieras ser infectado. Eso es todo.

No vas a saber si te infectan. Te vas a volver un zombi buscando un terreno elevado y unas horas más tarde va a crecerte un tallo dentro de la cabeza y te la va a explotar. Esporas de un naranja neón que se dispersan en todas partes en busca de un nuevo hogar. Ahora entenderás por qué nos gusta esta trinchera de aquí. Y si ves a alguno de tus compañeros que actúa como un zombi, empújalo dentro. Rápido.

La verdad es que cuando tuvimos los primeros reportes desde la Tierra, lo que hicimos fue declarar la cuarentena. De todos modos no había casi nadie por aquí, ¿verdad? Pero entonces, de repente, empezamos a tener parches de moho color naranja en Marte. Los militares fueron y bombardearon el planeta con todos los fungicidas conocidos hasta entonces. Fue en esa época cuando descubrimos el aceite. A los Sporians no les gusta. No, no sabemos por qué. No sabemos una mierda sobre ellos salvo que aquí, y ahora, estamos resistiendo en esta trinchera. Y sabemos que si tienen que elegir entre alguien que ha bebido el aceite antihongos y algún idiota escrupuloso que no, van a infectar al chico quisquilloso.

De cualquier manera, también le entregamos Marte. El G-Council dijo está bien, quédense con el planeta. Y lo dieron por perdido.

Y no funcionó. Unas semanas más tarde, motas de color naranja. Los Sporians comenzaron a aparecer en el cinturón. No hay transportes. Ni un alma ha viajado desde Marte hasta aquí en cien años. Entonces, ¿cómo llegaron en un mes? Nadie lo sabe.

Escucha, esto es lo que sí sabemos: la expansión de los Sporians sólo ocurre cuando dejamos de hacernos ver. No quieren la roca, nos quieren a nosotros. Y en la medida que el G-Council siga mandando sangre nueva, se van a quedar aquí. El siguiente mundo poblado está a sólo 2 Unidades Astronómicas, muchísimo más cerca que Marte, y sin embargo no se ha visto ni un solo parche de moho en ese enclave. Y no se verá, siempre y cuando sigan llegando los imbéciles reclutas como tú.

El aceite es la única cosa que hemos encontrado que los hace doblar de dolor. No va a ser de mucha ayuda si eres el último que queda, pero ¿por

ahora? Bebe el aceite. Dile a la persona de al lado que no moleste. Trata de no infectarte. Y empuja hacia abajo a cualquier persona infectada tan rápido como puedas.

Lamento ser yo quien tenga que decirte estas cosas pero así es nuestra guerra. Montar guardia en la parte superior de una trinchera y tratar de durar más de una semana mientras que las mentes más brillantes encuentran una forma de defenderse.

Muy bien, manos a la obra. Empieza por desembalar esas cajas mientras te cuento las buenas noticias. Ah sí, no es mucho, pero hay buenas noticias.

Número 1: pareciera que los infectados se mueren felices. He visto numerosos casos. Hallinan no habló ni nada pero tenía un aspecto muy sereno. La última palabra de Patel fue por fin. Steinberg se limitó a mirar al cielo y sonreír. De modo que esta es mi conclusión: tal vez los Sporians sean Dios. Quizás esta sea la segunda venida. Tal vez te toque ser uno de los salvados. No sé si es verdad, pero me ayuda cuando me aventuro en la noche.

Número 2: la mitad de esas cajas que estás descargando están llenas de ginebra. No necesitamos mantenernos sobrios, sólo tenemos que permanecer aquí. No hay forma de que abandonemos esta roca así que por lo menos hagamos una fiesta. Incluso, si tienes suerte, hasta podrías encontrar algunos palitos para revolver los tragos.

Buena noticia número 3: ¿ves todas esas estrellas de por ahí? Hay más de un pueblo Centillian por ahí, todos viviendo una vida feliz. ¿Ves esta trinchera fangosa? Ahí es donde están los Sporians y esa es la causa por la que estamos aquí, para que ellos no salgan de ahí. Estás salvando el universo. Eres un maldito héroe.

Ahora, a beber.

Título original: *The Front Line* © **Sylvia Spruck Wrigley**
Traducción: **Pablo Martínez Burkett**, © 2016

Sylvia Spruck Wrigley (nacida en Marzo de 1968) es una escritora norteamericano-germana de ciencia ficción y fantasía. Itinerante desde siempre, creció entre Estados Unidos (Los Ángeles, California) y Alemania, y actualmente reside tanto en Gales como en Málaga, España. También piloto de aviación, ha escrito varios libros de no-ficción al respecto. Su cuento corto Alive, Alive Oh, publicado en el número de Junio de 2013 de *Lightspeed Magazine*, fue nominado para el Premio Nébula de ese año.

Esta es su primera aparición en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con CARRETERA A PARÍS, de

Raelana Dsagan y ¡DE PIE, SOLDADO!, de Hugo Perrone.

Fiebre (Una historia de amor ‘Body Horror’)

Pedro Paunero

 **MÉXICO**

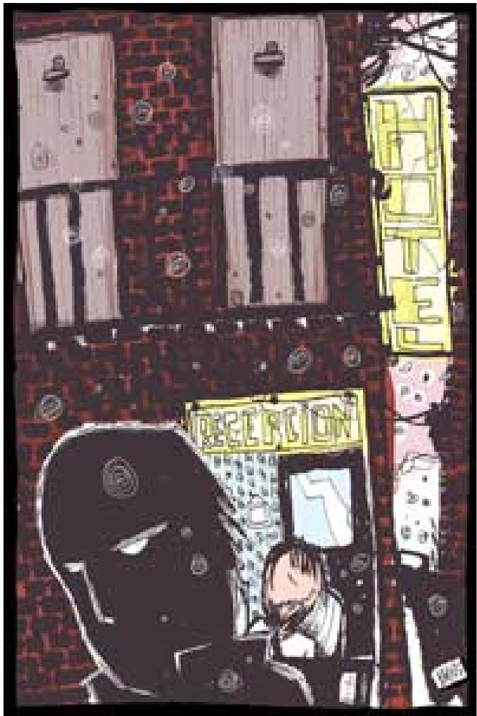


Ilustración: Ferrán Clavero

Cuando llegó a la cima de la colina miró el bar, abajo. Varios tráileres se alineaban fuera. Hacía un calor que le pegaba la camisa a la espalda con humedad ácida. Se acomodó la mochila de cuero sobre el hombro antes de bajar entre las piedras sueltas, las hierbas y la basura. Distendió la nariz. El aire olía a agua pero la tormenta aún se encontraba lejos. Llegó a la puerta, la empujó, se detuvo bajo el dintel, miró, olió, percibió, analizó, comprendió. Atravesó el ruido y pasó más allá de las mesas ocupadas. Había por lo menos ocho mujeres dispuestas al sexo ahí dentro. Caminó directo a la barra y se sentó al lado de la mujer con quien había mayores posibilidades de acostarse ese día. No necesitó hablar mucho. Señaló una cerveza oscura de entre las marcas y botellas que se alineaban tras el cantinero. Le sonrió y la mujer respondió con una sonrisa amable. En sus ojos había disposición,

en su cuerpo entrega y sus manos buscaban sus manos a cada instante. Ella era locuaz. Él apenas comprendía su perorata sobre lesbianas y *gays* a orillas de un lago en Suiza. Al anochecer ella había pedido algo de comer sin dejar la cerveza.

—¿Tú no comerás?

—Dentro de un rato —contestó él.

Ella se despachó dos gruesos sándwiches y tres cervezas más. Él apenas probó la primera. Salieron. Ella le echó el brazo sobre el hombro. Iba tropezando a cada paso con sus zapatillas de largos tacones de aguja, pero él la sostenía y se acomodaba la mochila que ella se empeñaba en deslizarle brazo abajo, con sus torpes manotazos. Iban riendo cuando salieron y entraron al motel riendo cuando él se registró con el nombre que había escogido mientras duraba este último viaje. No le preguntó el nombre a ella. Subieron por las escaleras a una habitación de paredes verdes y tenue olor a cloro. Una cama. Un tocador. Una mesa. Un ropero. Madera oscura, casi negra.

Él se la quitó de encima y la hizo caer suavemente sobre la cama. Tiró sobre la mesa la mochila. Fue al baño. Ella le miró desde la cama. Él cerró la puerta. Salió desnudo. El miembro erecto, pulsátil, extraño en su forma y tamaño. Su cuerpo enmarcado en contornos suaves pero sólido en la rareza de su musculatura. Ella lo apreció y admiró. Él tiró de su cabello hacia atrás y con el tirón le abrió la boca. Le expuso el cuello. Besó sus labios. Se separaron. Ella comenzó a desvestirse. El olor de su sudor era incitante bajo el aún más fuerte aroma del perfume. Él fue directo a su sexo. Lo abrió con los dedos. Metió la lengua. Lamió por dentro. Salió. Subió. Lamió su ombligo. Mordió sus pezones. La penetró sin que ella se diera cuenta. Ella se sostuvo con los brazos, las manos abiertas sobre la cama, los dedos exprimiendo la sábana, la espalda arqueada, la cabeza echada hacia atrás, las piernas muy abiertas. Al principio sintió un ardor ligero que irradió como calor desde el miembro de él hacia las paredes de la vagina, luego sintió un líquido aún más caliente sobre el orificio del útero. Abrió los ojos, miró el techo. Cayó hacia atrás. Clavó las uñas en la espalda de él. Tuvo un orgasmo arrebatador. Gritó. Dentro de ella el miembro de él entraba y salía y se ensanchaba y ardía y al llegar al fondo topaba el orificio de su útero y lo lamía. Experimentó otro orgasmo. Se quedó ciega. Separó los brazos. Separó las piernas aún más. Por un momento creyó morirse o que se le iba el alma en un chorro de fluidos vaginales. Creyó o supo o confundió el orgasmo con un chorro dónde ella misma fluía hacia fuera. Percibió entonces la humedad que derramaba de entre sus labios, fluía un río, un mar por los muslos, empapaba las sábanas, el colchón. Y era caliente. Otra

humedad, quizá la misma, pero menos densa. Era como una fiebre por dentro, vuelta agua o baba o sal y agua o agua salada, hasta que de entre sus múltiples sensaciones y el movimiento de cabalgata de él sobre ella, abrió los ojos y miró en un atisbo el rojo en el colchón. Mojaba con un olor ahora reconocible de hierro mojado. Tuvo miedo. El horror llegó como una capa de frialdad. Después accedió al dolor cuando él continuó entrando al fondo, mordió los intestinos. Más arriba. Siguió mordiendo, subiendo, cuando ella buscó el borde del colchón con los dedos en un inútil intento de asirse en la caída, y él pasó el diafragma, los pulmones, más arriba y adentro, buscando el corazón. Aún más.

Pero ella ya no sentía nada cuando él continuó mordiendo y chupando y lamiendo y deglutiendo y la vació, la evisceró, la disfrutó y se quedó satisfecho encima de ella y entonces eyaculó y mojó sus costillas con semen blanco que se fue tiñendo de rojo y fue inundándola, llenándola a la vez que él, ahora, se vaciaba, y se vertía en ella por completo. Se quedó quieto, cubriéndola con su cuerpo. Cansado.

II

Mientras llovía abandonó el motel, lo dejó atrás. El recepcionista no lo vio partir porque se encontraba dormido, sentado, la barbilla sobre el pecho, las piernas sobre la barra de la recepción. Cuando tocó la puerta, al día siguiente que se vencía el pago por la habitación, ella no abrió. Volvió a tocar hasta que supo que algo andaba mal. No es que no estuviera preparado para cosas así. Había escuchado peleas y tiroteos y visto muertos antes en los cuartos de arriba, sólo que esta vez le resultó aún más chocante. Una cosa horrorosa. No quiso saber qué había pasado o por qué ella parecía haberse vaciado en sangre sobre la cama. Parecía dormida. En su cara había paz. Una serenidad post coital, casi brillante, como una luna espléndida. Las pestañas negras, perladas por agua o sudor o fluidos. Tuvo que vencer el impulso de tocarla. La deseó. Era hermosa en el rojo de su sangre. Su cuerpo blanco contrastaba con el rojo. Una silueta carnal sobre fondo carmesí. Era hermosa a pesar de la sangre que manaba aún por su sexo en gotitas continuas (como vivas) que fluían muslos abajo o precisamente por eso era hermosa. Olía a matadero ahí dentro pero también a algo más. Sintió un mareo. Tuvo una visión orgiástica con los ojos abiertos. La habitación se borró, se disipó. Olía el semen, los fluidos. Ahora podía ver los gemidos como lenguas que lo lamían todo y probó el sabor de los sonidos como saliva dentro de su propia boca.

Reaccionó. Bajó a la recepción. Llamó a la policía. Estuvieron varias horas

dándole vuelta al asunto hasta que se llevaron el cuerpo. En la morgue el forense explicó que alguien le había extraído todas las vísceras a la mujer por entre la vagina. Le habían sacado los ovarios de paso y habían seguido con el corazón y los pulmones. Todo lo habían extraído a través de sus labios vaginales aunque eso pareciera imposible, aunque el cuerpo, una vez limpiado en la plancha, por fuera estuviera intacto.

Algo largo con dientes… ¿Con dientes?… Sí, con dientes. Había entrado, comido, salido a través de su sexo pero antes de retirarse había eyaculado en grandes cantidades en la cavidad que dejaran los pulmones.

Alguien se atrevió a reírse y mencionó a una serpiente pitón. El juego de palabras no hizo reír a nadie. Uno se rascó la cabeza y dijo que no era tan descabellada la idea pero ¿cómo había esa serpiente… esa… cosa…. eyaculado a través de su boca animal, toda dientes y lengua? ¿Cómo, eso, podía ser posible?

Se quedaron ahí, muy tarde. Escribieron un informe que los periodistas interpretaron como una venganza entre narcotraficantes y hacia una prostituta. Habían metido una serpiente mutante dentro de ella, a través de su sexo, para que la devorara. Luego le habían inyectado un esperma, que aún no habían identificado a qué especie podía pertenecer. Un periódico escribió que tan grande era la cantidad de semen dentro de la mujer que incluso había subido, garganta arriba, por la presión, y escurrido de entre las comisuras de sus labios, fuera, hasta el cuello y entre los senos. Este último detalle podía ser cierto o inventado, para el caso era igual pues no había solución.

III

Conoció a la adolescente en la playa. Ella le habló de sus varios intentos de suicidio y de un padre abusador que la visitaba por la noche, en su habitación. Había escuchado varias historias así y todas esas mujeres, marcadas por un ansia de extinción, resultaban las más entregadas al sexo, sin pudores, sin vergüenzas, sin temores. Nada tenían que perder. Ni qué ganar tampoco. Se preguntó si este mundo estaba condenado a perecer así o si esa intención secreta de sus seres no sería, precisamente, la que les salvara. No entendía el dolor que se auto infligían los amantes así que, sobre la arena, bajo esa noche, con el mar rumoreando en olas crepitantes, espumosas, salinas, blancas y grises, la quiso mucho. O eso le pareció. Sí, se dijo, eso era amor. La abrazó debajo de él, la acarició mientras lloraba y le

mojaba el hombro, liberada. Papá estaba lejos. Su recuerdo ya pertenecía a otro estado de cosas. Quizá a otro planeta. Él le besó tras la oreja y aspiró el aroma de su cabello, de su carne, de su sudor, de su miedo. Siguió acariciándola cuando ella se abrió en un chorro candente y rojo que mojó, con otro mar, desde su sexo, la arena bajo la noche. En sus ojos que nada miraban había paz. La serenidad post coital y de quién muere en el acto sexual, tatuó el blanco y el luminoso verde de sus iris.

Él se bañó en aquel mar y también en el mar salado. Desnudo y satisfecho surgió del agua, fresco, nuevo, reluciente. Se vistió, dejó el cuerpo de ella ahí, pero antes le besó la frente y echó a andar hacia la ciudad de luces y edificios altísimos que rasgaban ese cielo como herido y entró en la ciudad como entraba en ellas: Con hambre pero a la vez con delicadeza, es decir, sutilmente primero, sin violencia. Con convencimiento y hasta con ternura. Con ansia después. Y la ciudad se le abrió. Se le entregó.

Pronto hubo un patrón en las víctimas y los periódicos y los noticiarios no hicieron otra cosa que hablar de ellas y cómo se las encontraba muertas y vacías por dentro pero como dormidas. Y con ese charco de semen adentro que parecía sustituir los órganos de los que el asesino se alimentaba.

IV

Encontraron el cuerpo de la adolescente otros dos adolescentes. Eran amantes y jugaban con su perro por la playa. Corrían, se perseguían, se abrazaban, él o ella caían sobre la otra o el otro y rodaban por la arena. El perro la descubrió primero. La olió. Quiso montarla cuando el chico la vio. Apartó al perro que volvió sobre el cadáver. Él le ordenó a ella que detuviera al perro. El perro les gruñó. El chico olió ese como tenue resplandor. Miró el olor húmedo a semen y fluidos. Se inclinó sobre el cadáver. Se arrodilló. Intentó tocarla. Miró a su novia. La atrajo. Le quitó la parte de arriba del bikini. Sin quitarle la parte baja del bikini, sobre la arena, la penetró largamente, como si ella fuera a desaparecer en cualquier momento. Como si ella fuera a morirse o él se despidiera. Ella se abrió a él. Le besó el cuello con besos que mordían y también chupaban. Le clavó las uñas en la espalda. Lloró cuando los orgasmos la sacudieron por primera vez en su vida. Y lloraron cuando se separaron, cuando se preguntaron qué era eso que les había acometido y qué había pasado; cuando la reconocieron como un cuerpo muerto, cuando vieron que se trataba de un cadáver y cuando arrancaron a su perro de entre las piernas de la muerta y echaron a correr locos, desquiciados, por la playa, y llamaron a la policía desde algún

teléfono público, anónimamente.

V

Todos suponían que se trataba de un hombre. Un hombre que se valía, de alguna forma que no comprendían del todo, de una serpiente que introducía en el sexo de las mujeres para devorarlas. Luego vendría la inyección. Una forma de inseminación artificial, por supuesto, que les aplicaría como al ganado, en aras de satisfacer alguna parafilia aún sin nombre o catalogación.

Entonces apareció la primera víctima masculina. Luego apareció otra y otra más. Al final de mes se contaron ocho cadáveres de hombres emasculados de un mordisco. Esto se supo porque se encontró un diente muy raro, ajeno a cualquier especie de este mundo, encajado en el hueco que dejaran, al faltar el pene y los testículos, entre las piernas. Un diente que se le había desprendido, en pleno frenesí alimenticio, a la cosa o bestia o dios que castraba mientras mordía y comía.

Pronto las bromas cedieron al horror. Las conversaciones en los bares giraban alrededor de penes mordedores y vaginas dentadas. Los amantes de ocasión se exigían mutuamente una revisión, en busca de dientes, de quijadas genitales, de bocas en el glande o bocas vaginales, en cuartos de hoteles y moteles antes del sexo. Así, el sexo ocasional fue disminuyendo como la fiebre, y el terror fue aumentando, porque mientras se encontraban aquellas víctimas emasculadas también se encontraban víctimas femeninas comidas por dentro con ese charco de esperma que les llenaba la cavidad que los órganos habían dejado al ser retirados. Los hoteles se vaciaron. En los moteles se echaba de menos el ruido de los motores de auto y motocicletas. La ciudad se paralizó. Se arrestó a cualquier sospechoso. Se encarcelaron en cantidades asombrosas a prostitutas y proxenetas. En el zoológico alguien había matado todos los ejemplares del serpentario. Hubo toque de queda. Los esposos y los novios y los amantes empezaron a dormir en camas separadas y el índice poblacional disminuyó. Por lo menos por algún tiempo.

VI

Cuando llegó al último piso del rascacielos olisqueó el aire. La noche estrellada olía a mar pero el mar estaba en calma. La noche olía a mar pero

otro mar le inundaba la nariz. Era el olor de ella. Y era salvaje. Olía a sangre fresca. Habría cenado ya, se dijo con una sonrisa. Con una sonrisa se dijo que aún podrían cenar juntos. Cerró los ojos. El viento cambió de dirección. Se acercaba. Se mantuvo sobre el borde del balcón a ochenta pisos de altura, como una gárgola, sin temer a caer. No midió el tiempo pues no importaba. El aire sopló distinto. Dio un pequeño salto hacia atrás, todavía con los ojos cerrados. Cayó en la terraza. La mochila estaba al pie del parapeto. Escuchó pasos deslizándose y las puertas del ascensor cerrándose tras esos pasos. Volteó sonriendo, pero no abrió los ojos.

Ella le echó los brazos al cuello. Le besó en los labios mordiendo ligeramente y él respondió igual pero más agresivo. Se miraron por fin a los ojos, como queriendo penetrarse. Se desvistieron sin prisas, dueños de sus cuerpos, mirando al otro, a la otra, gozándose separados, gozándose cuando se rozaron con las puntas de los dedos en la espalda o el vientre o el pecho o los senos y ese toque quemaba, dejaba una marca roja, lacerante. Cuando, de una vez, él entró en ella hasta el fondo, alcanzó la estriada pared de su sexo y con los labios mojados en su glande ávido separó el orificio uterino y lamió, besó, chupó. Entró aún más y los labios de ella envolvieron como pétalos el miembro masculino en su base. Presionaron más y más. Él sintió que ella podría desprenderle el pene desde la base lo que le provocó una eyaculación feroz que la regó por dentro, la bañó, la impregnó en la totalidad de su caliente cavidad y cuando él se retiraba ella aún chupaba, apretando con su sexo tetralabiado el cilindro grueso de fibra y carne de dientes retráctiles. Abajo la ciudad se vencía, se daba, bañada por las feromonas, a un éxtasis inaudito. Una orgía recorrió como un escalofrío a los seres vivos a tres cuadras a la redonda. Se dieron casos de incesto, escenas gerontofílicas, pederásticas. Un orgasmo como un maremoto ahogó a todo ser humano o animal en un círculo perfecto cuyo centro era el edificio dónde ellos se encontraban. Luego pasó y nadie supo explicar nada. Y no hubo disculpas, sólo los ojos bajos, las separaciones del cuerpo del otro o la otra. La vergüenza. El extrañamiento. Algunos se unieron en pareja esa noche. Algunos se descubrieron únicos y distintos, o únicos y por lo tanto distintos, en sus gustos sexuales. Todos callaron o recordaron o callaron pero recordaron esa noche.

—¡Te extrañé tanto! —susurró ella en su oído, casi llorando.

—Y yo a ti… a través de mundos y seres… a través de la fiebre que sólo entre nosotros podemos curar.

Se separaron, pero no dejaron de mirarse a los ojos.

—Tengo algo para ti —dijo él y levantó la mochila, la abrió.

Extrajo a manos llenas los corazones arrancados de varias mujeres que le entregó como un enamorado entrega flores a su amada. Ella se conmovió. Los recibió a dos manos, cayéndosele al suelo algunos.

—Ellos dicen que el amor reside en este músculo que late con sangre —dijo él.

—¿Tú lo crees? —preguntó ella.

—Estoy empezando a creerlo… Sí, lo creo, claro que lo creo.

La noche se cerró sobre ellos. Miraron a lo lejos y hacia abajo. Hambre de amor o hambre y amor. Abajo y arriba la ciudad era suya, así como las estrellas.

Pedro Paunero es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antalogado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo Las cinco grandes utopías del Siglo XX en la web española Alfa Eridiani.

En Axxón hemos publicado, además de varias ficciones breves: EL HOMBRE EQUIVOCADO, EL OTRO MESÍAS, NOCHES DE BANTIAN, LA NOCHE DE TEMPOAL, AHÍ FUERA, LA BÚSQUEDA DE AUSENCIA, DESPOJOS, ASÍ PERMANECE HERMOSA LISA MARIE (ANTICUADA CANCIÓN PARA SONÁMBULOS), UNA MUERTE EN CASA, UNA PEQUEÑA MENTIRA, LAS ENSEÑANZAS DE GAN BAO, LA IMPRONTA, EL HOMBRE DEL SIGILO, UN FAQUIR DE ESNAPUR, MEDIODÍA, CÁNTICO DE UN AMANTE QUE GIRA BAJO GIRASOLES UNA MAÑANA DE PRIMAVERA, EL PAISAJE DESDE EL PARAPETO, LA HISTORIA MÁS GRACIOSA CONTRA LA HISTORIA MÁS TRISTE DEL MUNDO, LA PUERTA EN EL MONTE, INCIDENTE EN EL JARDÍN DE NIÑOS (UN ABSURDO ARGUMENTO DE CINE 'SERIE B'), LO QUE PUEDO VER POR LA VENTANA, LÍNEA DE SANGRE y RECETA PARA UNA DIETA.

Este cuento se vincula temáticamente con LA MÁQUINA DE SANGRE, de Jack H. Vaughanf, y MAJESTUOSO DIOS PÚRPURA, de Ariel S. Tenorio.

Volver de Venus

Signare Sicare

ARGENTINA



Ilustración: Tut

Volver de Venus, otra vez detenerse en la intersección de calles reconocidas pero ya nunca más nombradas, ser ciudadanos de la Terra de nuevo y maravillarse de los altos edificios como cuando uno era pequeño. El tiempo detenido en límites ya no accesibles por dispositivos cuánticos injertos en la médula, sino por la propia conciencia cercada de transeúntes que se cruzan sin saludar. La descortesía y el egoísmo terrenal pueden ser más que suficientes para experimentar una alegría, un reposo espiritual por volver de Venus, por ya no estar allá arriba, solamente sobrevolando una silueta, un contorno, fragmentos de uno mismo que los ingenieros recomiendan no observar demasiado. Pero en la Terra sí se puede observar, no hay riesgo de vértigos emocionales que comprometan misión alguna. Volver de Venus

significa ya no ser una pieza imprescindible, un fragmento de mecanismo, pero humano, demasiado humano al fin de cuentas, y recibir la suave caricia del anonimato y la irresponsabilidad.

Como es abajo es arriba, dicen algunas metafísicas, y aunque en algunas situaciones no se puede ver, sí nos es lícito observar. Situaciones pequeñas que se resuelven espontáneamente, el reclamo de un niño a su madre, el accidente automovilístico fatal en el acceso, un ataque terrorista en televisión. Esto es lo que nos sostiene al volver de Venus, días grises o diáfanos según sea necesario, contrastados por azares o causalidades nunca analizadas. Un deseo deliberado por avanzar nos traslada a oficinas particulares contenidas en los edificios, donde cada uno aplica su especialidad y recibe lo justo, milimétricamente calculado para dispersarnos en la masa uniforme que llamamos humanidad. Ahora el suelo que nos sostiene es una certeza, la belleza singular del mundo no es interrumpida pese a fluctuaciones económicas de cualquier tipo, ni crisis, ni inflaciones, porque lo único realmente concreto fue flotar ahí arriba y volver de Venus.

Hubo reacciones. Al comienzo todo el mundo estuvo interesado en la tripulación que logró volver de Venus. Pero la respuesta y alegría del principio no permitió calcular adecuadamente las consecuencias de volver de Venus, el regreso repentino y exitoso cubría a la perfección cualquier irregularidad suscitada por ansiedad, dando la impresión de una época racional y sin sorpresas. Al principio hubo algunas discrepancias sobre el verdadero motivo de volver de Venus, pero pronto el asunto pasó al olvido. Hay quienes conocen el peligro de insistir sobre los motivos ajenos, excepto cuando envuelven los fenómenos más simples y seguros. Se omitió el tema, se dio por sentado que los motivos verdaderos nunca podrían ser de público conocimiento, extender la discusión no tenía sentido, o al menos no tenía propósito para las actividades de aquellos que, por ejemplo, arrastran pancartas y reclamos sobre el pavimento gris, o que cortan el tránsito para anotar mensajes en clave sobre las superficies, sólo visibles desde el aire mediante drones y satélites, anunciando su disponibilidad para cualquier desorden de conducta.

Ahora solo lo discuten los especialistas. Un gran número de psicólogos, psiquiatras, astrofísicos, exobiólogos, lingüistas (y neurolingüistas), estadistas, y antropólogos, como niños traviesos desmiembran datos y testimonios para empequeñecer la grieta entre volver de Venus y los posibles contactos humanos subsecuentes que conformaban una unidad cuyo centro parecía estar en todos lados. O en ninguno. Lo que equivaldría a decir que no tienen un solo indicio. Muchos desistieron creyendo estar

indagando sobre una leyenda, que tal suceso no había acontecido, que no había pruebas ni registros suficientes más que cierto material fílmico asumido como apócrifo, producto de un reconocido director Oscurinati. Con el material de sus investigaciones se dedicaron a reconstruir un espacio, un paisaje posible de pequeños montículos de polvo salino; volver de Venus era reproducir esa postal imaginaria un millón de veces en los diez mil días que duró la expedición. No hubo alegrías en cuanto esta experiencia se llevó a cabo, ni siquiera entre los sujetos voluntarios, ajenos por completo a la naturaleza de la primera misión, sufrieron, sin embargo, estrés post traumático, vómitos y diarrea. Contemplar aquel paisaje posible era una posibilidad al horror, porque la superficie era completamente hostil a cualquier concepto de vida humana, la idea que se instalaba en las conciencias era simplemente la de morir. Sin embargo no solo sondearon sensaciones desagradables. Un grupo posterior, compuesto solamente por ancianos, rejuveneció completamente sólo por la exposición al paisaje simulado. Este fenómeno cesó en cuanto concluyó el experimento. Luego de finalizadas las experiencias, guardaron el más profundo silencio sobre los datos recolectados, sabiendo que aquel factor bien podía desmoronar algo más que a sí mismos, la concepción entera del universo se hallaba en juego. Recelo y desconfianza fueron las dos emociones despertadas por el simulacro de volver de Venus.

La falta de certezas, la ausencia de conclusión en los datos, llevó a las autoridades a condenar la memoria de este hecho cada día más entrado en el olvido. Pero todas estas medidas no hacen sino aumentar el malestar general, la hostilidad, los rasgos esencialmente primitivos de la raza humana. El único propósito para retomar el tema de volver de Venus es provocar la irritación general. Se volvió tópico de discusiones primero, hasta que las continuas reproducciones lo volvieron broma, humorada, pastiche, meme. De haber salido alguien a decir esto fue verdad o tenemos las consecuencias delante de nuestros propios ojos y aún así lo negamos no hubiese servido para retomar el asunto con seriedad. Es tema de alienados o esquizofrénicos, nadie que pueda vincularse al modo de ser de las vidas humanas. Las clínicas y los especialistas en neuropatías declararon que la sola mención de estos hechos equivale a una grave afección cerebral sin causas aparentes, pero cuya única solución (firmada y sellada por ellos mismos) es la lobotomía. No hubo más investigaciones al respecto, fue útil para desestimar la curiosidad de cualquiera interesado en volver de Venus y, por otro lado, para acallar a aquellos realmente vinculados a la misión.

Como vueltos a un tiempo donde no vale la pena mencionar regresos, cada ciudadano retorna, progresivamente, a su vida cotidiana. En esa transición,

alguien consideró que los discos de Tori Amos podrían ser un riesgo a causa de un disco editado en el año 1999. El título era una amenaza. Al menos, eso fue lo que dijo mientras promovía la destrucción de todo rastro de este disco. Pero al llegar a enero (ya no decimos, volver a comenzar el año), con los cielos limpios para un anochecer de tonalidades que van del azul al negro, descansado en el patio de cualquier casa y levantando un poco la vista, cualquiera podía observar, con mayor o menor placer, el punto brillante que acompañó el desarrollo de la humanidad durante tantos siglos. Lo evocamos con su nombre arcaico y le decimos el lucero, pensando solamente en viajeros cruzando las aguas, en medio del mar, o en medio del ártico, buscando una guía que les enseñe el rumbo como aprendieron de sus ancestros. Y mientras alguien incendiaba un disco o borraba un archivo, aún había una mezcla de placer ante algo desconocido a la vez que emergía un recuerdo que tenían olvidado. Muchos reaccionaban con brusquedad, encerrándose en sus casas durante todo el día y teniendo que recurrir a recetas y a un especialista para evitar la depresión provocada por repentinos ataques de pánico.

Otras personas, por su parte, tuvieron el recaudo de recuperar metáforas para erigir un sistema de ideas sobre el cual poder expresar sus dudas.

Puedo aguardar tu amor en el firmamento,
puedo aguardar por ti
por mucho, mucho tiempo
que aprovecharé para ser mejor
en esta tierra…
Eres el mensaje
esto es la botella
Y se lo lleva el mar
el océano cósmico.

Las composiciones eran repetidas y descargadas si cesar. Esto alertó a los especialistas, que no vieron bien que resurgiera el interés por aquel tema. Pero los empresarios se impusieron por economía: hacían circular el material con la impronta de mil publicidades adheridas a cada nueva producción.

En las ruinas universitarias se organizaron talleres y cursos con el fin de adentrarse en el análisis de esas manifestaciones culturales. Había quienes formulaban juicios o tesis (Sin un arquetipo anterior no podría existir

actualmente) y establecieron una categoría gnoseológica bajo el término venusear, neologismo que vinculaba tanto la idea del planeta como el hecho de establecer una relación con el mismo. Esto dio lugar a una juventud que se declaró ciudadanos del universo, pese a no existir los recaudos ni intereses para que la mayoría de la población pudiese experimentar los viajes interplanetarios. Pero la particularidad de estos intereses, vistos como una manifestación meramente política más que una búsqueda por los hechos concretos, derivó, una vez más, en malentendidos y retóricas separatistas. Sin consideración por los elementos concretos ni de aquellos que pudieron volver de Venus y aún conservar sus facultades, pese a, claro está, no poder decir una palabra de ello. Por eso no intervinieron en las disputas sociales entre aquellos que buscaban abolir toda soberanía entre los pueblos y declarar el planeta entero como un territorio único, sin restricciones de ningún tipo (sobre todo las económicas), y aquellas masas conservadoras, movidas por los hilos de empresas y bancos que dependían necesariamente de divisiones políticas, restricciones y disensiones de todo tipo.

Las opiniones se dividían en dos bandos:

Desvaríos monstruosos

Armonía

Cierta lógica con un trasfondo amenazante

Paz interior

Divagues oscuros con cierta verosimilitud

La raza humana sin individualidades tan sólo con volver de Venus

Sofismo de débiles mentales y perturbados

Cada época debe generar su propia huella

Confort en la verdad, recuerdos presentes

La gente retomó, una vez más, el asunto de volver de Venus, y ya no importaban las soluciones radicales ni los malestares patológicos. Si nos organizamos un poco podríamos construir un pequeño vehículo que nos transporte, decían algunos vecinos autoconvocados, al comenzar la noche, en reuniones que terminaba con palazos de la policía. Podríamos construir al menos algo que nos saque de acá, sugería otro, gestando unos murmullos de dilema en la sede barrial. Hay que irse para entender la satisfacción de volver. No importa dónde, decía otro, idealizando una situación que no

implicaba satisfacción alguna. La tripulación completa había sufrido consecuencias desastrosas, tanto físicas como psíquicas; se habló de ello mucho tiempo, pero enseguida fue olvidado y sólo se habló de las alternativas, la posibilidad de volver de Venus era prácticamente una mera expresión retórica para direccional sueños de parias.

Al final no fue más que eso, pese a todos los discursos y adherentes a la idea que se propagó por el mundo, no hubo más que aficionados armando cohetes que estallaban en cuanto tocaban la estratosfera. Rectos, se elevaban dejando tras de sí la huella verdosa de combustiones experimentales y vapores amarillentos. Tripulaciones carentes del nivel de entrenamiento necesario se dirigían a una muerte segura antes de cruzar la atmósfera, con plena conciencia de que las llamas los consumirían, protegidos para la ocasión pero con pleno conocimiento de que no lo lograrían, de que la explosión sería mucho antes de lo esperado y sin poder tomar resguardo alguno. Una repentina bola de fuego llenaba todo y un segundo después, la nada; la imagen de los monitores con el bólido en llamas y las maldiciones del equipo que organizó todo. Luego compartirían el video a todos los interesados del resto del mundo. Se harían comentarios, se sugerirían mejoras y, finalmente, nuevos postulantes aparecerían para conformar una nueva tripulación. Porque lo importante era volver. Estos autodidactas, que crecieron viendo videos de fracasos, se preocuparon en desarrollar técnicas y herramientas para evitar estas catástrofes, experimentaron con mecanismos y teorías complejas, y todas sus permutaciones posibles. Crearon un espacio virtual donde confluyó este interés único donde cada vez más individuos compartían su obsesión por dejar de lado esta tierra aunque fuera unos segundos… para después volver… Volver de Venus, como había sido hacía tanto tiempo atrás.

Nos reconocimos al volver de Venus, en aquella ocasión en que volvías del campo, me preguntaste si acababa de regresar, y te dije que sí. Volví de Venus, te dije, como una espontánea indiscreción autobiográfica, que tenía que ver con la incomodidad que me daba tu presencia, y con la represión carnal. Pero en cuanto mencionaste tu decisión, tus planes de dejar la tierra, repitiendo ese eslogan, un significante carente de significado, sólo por experimentar las llamas, ya no quedó nada que nos pudiera vincular. Volver de Venus fue sencillo, nuestra sonda fue rescatada del mar en poco tiempo, después nos devolvieron a nuestros hogares para que nos acomodemos a tiempos rutinarios, un tiempo, quizás, lo bastante extenso para olvidar por qué regresamos.

Signare Sicare es el seudónimo de una joven pareja aficionada a la ciencia ficción de Ballard y Dick y seguidores de Axxón desde hace tiempo.

Este es su primer cuento en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con EL VIAJE DEL CAPITÁN FERNANDO GARCÍA GONZÁLEZ, de Esteban M. Knöbl, y LOS MOTIVOS DE MEDUSA, de Gerardo H. Porcayo.

Quemando plomo

Enrique Urbina Jiménez

 **MÉXICO**

Gallows free you

Dawn's release

Hood to blind you

Be at peace

Storm Corrosion *Drag Ropes*

Terminó de pintar con mucho cuidado al último hombre y lo puso frente a los demás. Era el general. Él era el dios. Mandaba con su voz silenciosa; el pincel y sus manos coloreadas del ser de esos hombres decidían el destino de esas estatuillas de plomo.

¡Firmes!

Los demás guerreros, formados en líneas perfectas e inmóviles, esperaban la guerra contra los otros al extremo opuesto del campo de batalla. La guerra no tenía causas ni razones. Era su vida. La mirada irascible de los soldados se dirigía al infinito, no necesitaban más. En silencio, en el vacío, los hombres de plomo esperaban impasibles el reordenamiento de sus posiciones.

A las órdenes del creador.

Él se levantó del asiento y se alejó unos metros de la maqueta, quería ver su creación desde lejos, admirarla como a un paisaje o una pintura en un museo.

Era el orden entre el caos de fuera. Ahí, en el pequeño cuarto de trabajo, aún había leyes que seguir. Sus leyes.

¡Preparen!

En ese mundo de pintura, plomo y plástico él sí podía imponer el orden entre los habitantes. Los soldados sólo entrarían en posición de ataque, se esconderían o retirarían cuando lo ordenara el Comandante Supremo, él, Bernardo. Según como ordenara las piezas, la escena podía ser el prólogo a una masacre o el final de una tregua.

El poder es embriagante aun cuando sólo se trate de elegir a qué hormiga inmolar.

—Cuarto de reservas.

Con la orden todo en el cuarto desapareció. La maqueta con sus integrantes se fusionó con el suelo, al igual que las pinturas, los pinceles y la mesa de trabajo. Pero, al mismo tiempo en que todo desaparecía, nuevas formas líquidas surgían hasta convertirse en sólidos. De las paredes se formaron repisas con bolsas y latas de comida. En una esquina un garrafón de agua congelada junto con reservas de carne y pescado se hacían compañía. Los víveres imperecederos esperaban el sacrificio.

Miró a su alrededor y caminó hacia un extremo del cuarto, se apoyó en las puntas de sus pies para alcanzar la botella de alcohol que estaba en una de las repisas más altas del lugar. La jaló con la punta de los dedos, y cuando estuvo más cerca la tomó con una mano y la bajó del lugar donde estaba. Abrió la tapa y acercó la nariz a ella; después la retiró, con el olor del alcohol aún anestesiando sus sentidos. La cerró lentamente, mientras las fosas dejaban de arder.

—Cuarto de juegos.

¡Apunten!

Como antes sucedió, todos los muebles y cosas del lugar se fusionaron con las paredes, dejando que nuevas formas emergerieran de ellas. Poco a poco, la maqueta, los soldados y todos sus instrumentos se erigieron en el mismo lugar donde los había dejado.

Quedó el mismo cuadro que al inicio.

Caminó hacia la maqueta sosteniendo con una mano la jarra de alcohol. Tranquilo, sin mover un músculo de la cara, abrió la botella y vació su contenido en ella. Lanzó el empaque a un rincón del cuarto, y éste lo absorbió sin dejar rastro. Se sobresaltó un poco, olvidó algo. Buscó en sus bolsillos, pero no encontró nada.

Fue…

El lugar tembló y golpes… no, más bien pasos se escucharon alrededor del cuarto.

Recuerdos del maldito exterior que pronto usurparían la paz total de su cubo.

Sabía que ya no había lugar dónde elegir que apareciera la puerta por si aún se animaba a escapar; eso le ayudó a tejer una calma virtual que sometería al miedo por más tiempo. La ciudad, o hasta el país seguramente ya estaban

infestados por Ellos, no había nada que hacer.

La llegada de Ellos ya se había anunciado en las noticias días atrás; los periodistas, en las proyecciones dirigidas y ajustadas a las retinas de los espectadores, preparaban a la población para una muerte inevitable, los despojaban de la esperanza. Con los ominosos anuncios también surgieron muchos rumores acerca de la verdadera fisiología de Ellos. Sin embargo, nadie podía saberlo en realidad: ninguna persona o derivados vivía (o quería hacerlo) después de tener un encuentro cercano con esas monstruosidades —obviamente— producto del hombre. Las películas, las novelas baratas y muchas cosas, ahora proféticas, en donde afirmaban que la creación sería demasiado para el hombre y el hombre sería devorado por aquélla ya suponían sobre el posible fin. Sólo que nadie pensó que la creación se tragaría hasta el mismo Infierno.

Y ahora sólo estaban a unos cuantos metros de distancia, separados por un poco de metal y carboplástico.

Aunque había programado a las paredes del cuarto para aislar todo ruido o distracción externa, ecos y reminisencias de Su llegada se colaban entre la construcción. Esos pequeños golpes o gemidos que alcanzaban sus oídos eran suficientes para sugerirle la destrucción y muerte que reinaba allá, en las fronteras de su Edén. Imaginaba la fuerza que tendrían que tener sus pasos para colarse entre los filtros que ahuyentaban el sonido del exterior. Con esos murmullos, sus oídos recreaban gritos de dolor y miedo de personas que intentaban dar el último adiós al aire, de no ver a la muerte a los ojos.

Para su desgracia fue curioso y giró hacia el muro más cercano, a su espalda.

—Cristal. Medio cuerpo. Opaco. Antireflejo.

Frente a él, un pedazo de muro cambió su materia hasta convertirse, justo como lo pidió, en una ventana. No sabía si los asesinos se dieron cuenta del cambio de forma en la superficie del cubo dorado, pero ellos no verían qué fue lo que había originado la cosa; tardarían en saber qué había dentro de ese artefacto.

Lentamente, temiendo —sin razón— que Ellos escucharan sus pasos, se acercó al cristal. Parte de la escena estaba oscurecida por manchas de sangre. No pasó mucho sin que surgiera una mueca de espanto al ver a esos tentáculos, tenazas, tridentes, lenguas y explosiones masacrando a los vecinos que por tanto tiempo había visto salir de su cubo. Todos los hombres y mujeres que decidieron salir de sus viviendas habían preferido morir que aguantar esa visión de seres asesinados. Justo lo que él hacía. ¿Se

podría llamar a eso un suicidio? Desde que toda herramienta punzocortante y cualquier alimento peligroso era desechado por los cubos, la gente no tenía cómo acabar con su vida dentro de ellos. Y ahora, en la primera oportunidad, nadie quería luchar: todos habían elegido ser los juguetes de Ellos. Hasta los A.R.M.AS. desistieron de cualquier intento de contención y defensa del pueblo. Él los entendía, no tenían por qué defender a gente que tenía ganas de morir. Aunque habían sido enviados a donde la llegada de Ellos fuera más rápida, ningún miembro de las fuerzas de defensa disparó contra el indefendible peligro. No vio a ningún A.R.M.A.S. Las balas no hubieran hecho gran cosa a Sus blindajes. Todo estaba perdido. No tardarían en llegar a él. Estaba mirando al Fin de frente.

Por suerte, su pequeño hogar sobreviviría otro poco. El único espectador del caos aún no quería unirse a la fiesta.

¿Hasta cuándo duraría ese pequeño Oasis?

Pronto, como iban las cosas, la ciudad sería un mar de sangre.

El ya conocido dolor de su vejiga llena se coló entre sus entrañas. Sentía algo a punto de quebrarse en su mente, pero a pesar de todo ello no podía cerrar el cristal. El morbo era más fuerte que su cordura. Giró, con su espalda arqueada para expulsar de su estómago los suplementos de comida indigeribles, y justo cuando éstos iban a tocar el suelo se abrió un agujero, tragándose toda la inmundicia sin dejar rastro ni olor en el lugar.

Tosió un poco en el piso y se levantó hacia la ventana.

Uno de los asesinos giró hacia ella. Sus ojos, de todos los colores, parecían mirar a través del cristal opaco.

Se creó un vacío en su pecho. Había visto Sus formas y horrores, pero ver uno a los ojos, aún con esa barrera de cristal, le provocó ganas de llorar. Pensar en que Eso no era humano, pero que era *parte* de uno hizo que quisiera salir y disculparse por el horror y la traición de su raza a la naturaleza al atreverse a crear semejantes cosas. Cayó de rodillas, todavía sin soltar la mirada de Eso, con lágrimas en los ojos. Y vomitó de nuevo. Como antes, el cubo evitó que quedara algún rastro del asco, pero el vacío seguía ahí, taladrando su alma, vaciándola. Agachó la cabeza a sus rodillas, haciéndose un ovillo por unos segundos.

Se levantó, con lágrimas por la expulsión y con el sentimiento de asco hacia los humanos, y miró de nuevo por la ventana. La Cosa seguía de cara hacia él. Había sido descubierto, por fin. Su corazón se aceleró, su respiración se volvió forzada y profunda. Sabía que estaba condenado a muerte: la tranquilidad que su cubo le daba al disfrazarlo se había terminado. El momento estaba cerca. Observó cómo Eso reaccionaba a su miedo, se

acercó lentamente, sin quitar la vista de sus ojos (¿realmente lo estaba viendo, o sólo se fijaba en la estructura dorada?).

Tenía que hacer algo… para evitar el proceso, demorarlo, como había hecho desde el momento en que decidió recluirse en su casa y hacerse el muerto.

Eso lo había logrado. Convenció a sus vecinos, al no salir por todas la semanas en que las noticias daban el horrible anuncio, de que algo había hecho que no saliera por tanto tiempo ni por baterías para el cubo. Él tenía sus provisiones bien medidas, y les hizo creer que estaba muerto, pudriéndose en su celda dorada. A nadie le importó, claro, pues todos pensaban más en sus vidas que en la de un huraño que jamás se preocupó por los chismes o menesteres de otros.

Soñó que su teoría sería correcta. Que tal vez Ellos creyeran lo mismo e ignoraran a un cadáver sepultado en su propia casa.

Pero ahora uno de Ellos se acercaba a su cubo, dudando un poco, pero con odio por haber sido engañado.

—Deshacer cambios en ambiente.

El cristal se endureció hasta volverse igual que las paredes, él retrocedió unos pasos y giró hacia el centro.

Los soldados que había moldeado y pintado desde que se autorecluyó en su casa seguían allí, inmóviles, sin expresión en su rostro más que la que él les había otorgado al decorarlos. Sólo que ahora todos brillaban por la capa de alcohol que los cubría. La atmósfera inteligente del lugar evitaba que el líquido se evaporara enseguida, como sucedería fuera del cubo.

Sintió celos. Ellos estaban en al mismo cuarto que en unos minutos (o segundos, quién sabe) sería bañado con la sangre de su ocupante y, a pesar de eso, los hombres de plomo no sentían ni miedo ni alegría. No podían hacerlo y eso era lo que envidiaba. No tenían sentimientos, ni recuerdos, ni una conciencia que los aferrase al mundo. No gritarían ni llorarían si en ese momento un monstruo, creación que ignora toda ley de vida y orden cósmico, los descuartizara y los torturara. Extendió su brazo y mano derecha hacia un costado de su cuerpo, como agarrando una manzana invisible.

—Fuego.

Una gota del mismo color y materia que de las paredes se desprendió del techo y cayó en su palma hasta convertirse en unos cerillos. Abrió la caja, tomó uno, lo encendió y lo arrojó a la maqueta.

Por unos segundos, el crepitar y arder de los soldados fue lo único que se

movía y se escuchaba.

Contuvo la respiración. Ya venía.

¡Fuego!

La tierra se sacudió, y un rugido, como el de un león contra un rayo, retumbó en el aire. La pared detrás de él explotó. Fue lanzado a un extremo del cuarto, quemándose con algunos soldados que ardían en el piso.

Un zumbido taladraba sus tímpanos.

El aire del exterior entró también de golpe, quitándole el oxígeno al que estaba acostumbrado. El cubo comenzó a brillar y a derretirse, le caían sus pedazos por todo el cuerpo lastimándolo o intoxicando su piel, que absorbía las partes líquidas de la construcción.

No quería abrir los ojos. Sentía Su presencia cerca, que lo olía y lo saboreaba ya antes de comenzar el juego macabro. ¿Qué hacer?

Y él, el cobarde de la escuela, del trabajo y de la vida, se sintió iluminado.

Iba a defenderse, no sería como los demás, que se rindieron antes de comenzar la lucha. Él fue más inteligente que todos ellos desde el principio de todo. Podía solucionar las cosas y permanecer tranquilo. Lastimaría al monstruo aunque sólo fuera un poco, y así cada vez que su Asesino torturara a otras personas, éstas en sus últimos momentos observarían la cicatriz que él le iba a hacer. Pronto ese golpe que quedaría marcado en la Cosa sería un símbolo de la esperanza que la mayoría ya había perdido. La gente se organizaría de nuevo, comenzarían una lucha dolorosa pero al fin productiva. Su muerte sería el inicio de la supervivencia humana. Tomó un soldado que estaba quemando su pierna y, antes de que se deshiciera la palma de su mano, lo arrojó hacia el lugar donde supuso estaría la Cosa.

Y acertó con su lanzamiento.

Estaba justo donde él había pensado. Se escuchó un golpe seco, metálico, cuando el soldado golpeó la coraza de bronce. Bernardo no sabía si el daño que deseaba estaba hecho. Para eso necesitaba abrir los ojos y Verlo de frente. Y, como todo lo que parecía suceder en un segundo, supo que su superioridad intelectual también había sido el mayor acto cobarde que había planeado. Él quería, por sobre todas las cosas, alejarse y no entrar en el camino de Ellos.

Pero ya no. Hora de actuar.

Todavía con miedo, abrió los ojos y vio el cuerpo con sus tentáculos y probóscides. Ni siquiera pudo gritar. Sintió cómo su carne y espíritu se oprimían ante Su presencia. Comenzó a llorar., una vez más Los ojos le

ardían, no era natural que una Cosa así existiera, hasta sus mismos nervios lo negaban. Se contuvo, tenía que comprobar que ahora ya era un héroe de la humanidad. Que él aseguraría el futuro de su gente con ese pequeño acto desesperado.

Pero nada.

El metal, rojo por el calor, ni lo quemó. Sólo enfureció más a la Bestia.

Bernardo gimió con el poco oxígeno que sus quemados pulmones aún podían retener. Nunca se imaginó que su muerte en realidad no podría ser descrita por su brutalidad. No pudo controlar más a su cuerpo y, boca arriba, el sintió el calor húmedo de la orina expandirse por sus pantalones. La humillación también lo lastimaba.



Ilustración: Ferran Clavero

Decidió cerrar los ojos hasta que terminara todo.

Pero no pudo. El dolor que lo atacó fue como un mar de fuego chocando contra todas sus terminaciones nerviosas. No sabía qué y con qué lo estaba haciendo sufrir, pero ni Dios mismo podía haber pensado en tales castigos. Todo daba vueltas, sintió su cuerpo húmedo por la sangre y la orina, que hacían más pesada su ropa. Un brazo se desprendió de su tronco, pero aún podía sentir lo que sufría esa extremidad. Primero se deshicieron las uñas, después la piel, los músculos y los huesos.

El dolor era indescriptible. Con cada nueva tortura que Eso inventaba, Bernardo cruzaba umbrales que no sabía que existían. Casi los confundía con el placer. Pero la locura llegaba de nuevo; lenta, reptando sobre sus extremidades, sobre los diminutos ríos de sangre que corrían a lo largo de su piel lastimada, abría puertas terribles que su cordura había mantenido cerradas.

Con el tiempo (sin importar que fueran segundos o minutos o años, Bernardo los sentía como eternidades), el dolor le llegó hasta el alma. No pudo más y abrió sus ojos. Y *vio* el rostro del que lo torturaba. El rostro de la Cosa. Y reconoció algo en él. Lo vio más allá de todas las deformidades, de la sangre salpicada de tantas víctimas, de las filas de dientes esparcidas por todo lo que se le podía llamar rostro. Lo vio realmente y supo cómo nombrarlo. A Bernardo se le escaparon unas lágrimas sinceras. Bernardo había encontrado la palabra para describir la encarnación de lo inefable, la que lo salvaría de ser asesinado por una Nada terrible.

Casi se sintió aliviado. Intentó pronunciar el nombre real y oculto de la Cosa, pero su garganta sólo pudo expulsar un grito seguido de desesperados vómitos de sangre.

Enrique Urbina Jiménez (Ciudad de México, 1993) cursa la licenciatura en Literatura Latinoamericana en la Universidad Iberoamericana. Textos suyos han sido publicados en las revistas electrónicas Penumbria, Scifi Terror, Yerba Fanzine y Fantasía Austral. Ha sido incluido en las antologías Penumbria Año I y Microhorror y La imaginación en México

Ya hemos publicado en Axxón su microcuento EL ESPEJO NEGRO DE ANTIMATERIA.

Este cuento se vincula temáticamente con MÁQUINA DE SANGRE, de Hugo Perrone y LA BESTIA Y LOS TRES CERDITOS, de Cristian Acevedo.

Animales de compañía

Néstor Martínez

 **MÉXICO**

and the best at murder are those who preach against it
and the best at hate are those who preach love
and the best at war finally are those who preach peace.

—Bukowski.*The Genius of the Crowd.*

I



Ilustración: Guillermo Vidal

Doy una última calada al cigarro antes de aplastarlo. Observo que se avecina el amanecer. Escucho detrás de mi un quejido y la lucha de alguien por soltarse de sus amarras.

—No mames, déjame ir… en serio, te prometo que desaparezco, me voy lejos, nadie va a saber de mí.

El sol comienza a iluminar el horizonte, pero todavía no enceguece con sus rayos directos en el rostro.

—Así no es la cosa. Si te dejo ir, al rato vas a presumirlo. Y si lo haces, van a saber que no hay orden y sin orden todo se va al carajo. —Volteo a verlo —. Y la gente que me paga quiere que todo siga igual.

—No me chingues, nada más me comí un pedazo de carne. Lo extrañaba, el sabor, la sensación. Nada más fue un pedazo.

—Vivimos en la era del tofu y no hay nada que puedas hacer.

—¡Y tú estás fumando, hijo de la chingada, también debería cargarte la verga! —Volteo a verlo, tiene lágrimas corriendo por sus mejillas y tiene el rostro contraído mientras me grita.

—Sí, debería, pero estoy del lado de los buenos y a los buenos no nos pasa nada. No me afecta mientras nadie más me vea, y los muertos no pueden ver.

Saco el arma de la pistolera en el cinturón, la observo, sofisticada, silenciosa, moderna, pero no logro agarrarle el sentido, no hay culatazo, no hay explosión, no se siente el poder de las balas; solo es un rayo que detiene las pulsaciones. Alzo la mirada para cerciorarme que nadie nos ve. Enfundo el arma y de la sobaquera saco una Colt.45. No, murmura el tipo amarrado muy quedamente, pero sabe que no importa cuánto ruegue, nada cambiará su destino. Amartillo el arma y le apunto.

—Ni modo, hijo, así es la vida, y todos nos estamos yendo a la chingada.

Suena un estruendo seco y ensordecedor.

La mañana por fin ha despuntado y siento el calor en la nuca.

Cada vez que entro a la Ciudad de México intento recordarla como era hace años. Intento ver la nata de contaminación estacionada encima de todos los edificios cada vez más altos, que poblaron en poco tiempo el Paseo de la Reforma, y después zonas aledañas. Sin embargo, mi memoria falla y mis ojos se llenan del verdor que reina ahora en la ciudad. El cielo despejado y una vista a la lejanía que me hace entrecerrar los ojos por tanto brillo. Alguna vez pensé que llegaría el día en el que la ciudad comenzaría a crecer tanto hacia arriba que por fin tendríamos autos voladores, pero no fue así, demolieron edificios y se hicieron espacios verdes más amplios. Vi la caída de la modernidad para ver nacer el sueño de los *buenos.*

Me detengo en un semáforo, volteo a la derecha y observo niños que juegan en un parque. Antes, en ese lugar hubo una tienda donde yo jugué *Street Fighter, The King of Fighters* e incluso algunas versiones de *Super Mario Bros*. Ahí pasé demasiado tiempo de mi tardía pubertad y temprana adolescencia. De esos lugares ya no queda nada. Ahora solo existe pasto, árboles y animales. Piso el acelerador de mi auto eléctrico y aunque deseo escuchar el rugido del motor y el empuje de los caballos de fuerza, el auto se mueve despacio hasta alcanzar su velocidad máxima: 70 kilómetros por hora. Las calles de la ciudad se ven en calma. En una calma que nunca me ha tranquilizado. Me acerco a su centro, donde está mi departamento.

Meto el auto al garage del edificio. Al bajar siento una corriente de aire muy frío y fresco, me pongo mi chamarra de piel sintética y entro a la torre.

Subo al tercer piso. Al abrir la puerta del departamento veo cómo es que el día se ha adueñado de todo, salgo al balcón y observo la ciudad. Qué difícil es vivir en un lugar de más de tres pisos hoy en día. Seis pisos son lo máximo después de las leyes de regulación de altura. Dejaron de existir aquellos edificios que albergaban cientos de departamentos. Los terrenos donde estaban se transformaron en casas hogar para animales e invernaderos. Después de la Gran Redada, la población de la ciudad y el país disminuyó tanto que ahora se puede vivir en pequeños edificios, casas amplias y sobra espacio.

Siento cómo mi gato se restriega en mi pierna y por un momento me dan ganas de patearlo o simplemente romperle el cuello, pero no lo hago; lo levanto y lo acaricio con monotonía. Voy a la cocina y escondo mis cigarros detrás del refrigerador. Dejo al gato en el piso y me meto a bañar. No puedo ir al trabajo con el aroma de tabaco y pólvora impregnado en mí.

Siempre creí que el futuro sería caos. La gente matándose en las calles por un pedazo de pan. Pobreza extrema, escasez de comida, inseguridad. Apocalipsis. Pero no pensé en un futuro con desayuno de jugo de frutas orgánicas y huevos orgánicos. Tampoco imaginé que debería ir en un auto eléctrico al trabajo. Hasta hace unos años tuve un automóvil clásico, pero cuando se puso en marcha la reforma a los autos que consumen combustible fósil, no me quedó más opción que conducir el auto eléctrico.

Llego a la cafetería donde habitualmente paso por las mañanas y pido el desayuno orgánico numero 8, huelo el café e intento encontrar el paraíso del que todos hablan al beberlo. En la televisión pasan un programa cultural donde hablan de la conservación del arte y la preservación de la alta literatura. Hablan de cómo, reciclando literatura basura, se han construido casas hogar y hospitales para animales.

—¿Y su gato? —Volteo y veo a la chica que sirve el café.

—Lo dejé descansando, al parecer tuvo una noche ajetreada. Sigo sin entenderlo por completo. —El gato no fue algo que yo deseara. La asignación de un animal de compañía fue una de las fuertes campañas de la Gran Redada. Es un requisito que se tiene que cumplir cabalmente: poseer un gato —o perro, aunque es muy difícil conseguir uno—, y si no lo tienes, se te asigna. Requiere de cuidados sumamente especiales, no puedes darle una caja para dormir nada más, debes otorgarle un cuarto entero, si tu casa solo es de dos habitaciones una debe ser forzosamente para tu animal de compañía, no importa qué tengas ahí, si un librero o un estudio, debes

sacarlo y dejar que el gato disfrute de toda esa habitación. Yo vivo solo y el departamento que habito tiene tres habitaciones.

—No te preocupes, son animalitos muy inteligentes, hermosos e independientes; no tienes por qué sentir que no lo comprendes. Hay que dejarlos crecer.

—Sí, supongo. —Me da mi desayuno. Me despido de ella y me dirijo a una mesa.

El lugar se siente frío, no tiene mucho que cerraron las puertas. Parece que esperaron hasta el último momento para tener funcionando su hélice de energía eólica. Ahora que ya hay bastante sol, encendieron las celdas solares. Doy sorbos pequeños al café, intento disfrutarlo, observo el huevo, la espinaca, papa, poro y apio de mi plato. Lo termino, me despido y salgo. Subo al auto y antes de arrancar, recibo un mensaje. Abro mi mano y lo leo. Ajusto el arma bajo el hombro. No voy hacia mi trabajo.

II

El cerro que alguna vez albergaba antenas para televisión y radio luce verde y esplendoroso, hay una nube sobre él, parece un sombrero de algodón. Allá llueve. Pero donde se encuentra el Escritor parado solo se siente humedad. Una brisa fría. Observa su reloj, son las diez de la mañana, siente el lametón de un perro y observa a su mascota que mueve la cola con fervor.

—Y querían darme un gato. —El perro salta y posa sus patas en el pecho del Escritor, él le da un par de palmadas en la cabeza y continúa corriendo con la correa del perro sujeta en su mano. El Escritor llega a su casa después de un par de horas. Vive solo donde antes fue El Bosque de Aragón, pero después de la Redada se convirtió en un lugar propio de artistas y creadores. Al entrar a su departamento, lo recibe el aroma del incienso que dejó encendido. Le gusta el olor, abre la puerta de la habitación de su perro y este entra, ladra y juega con las cosas que están regadas por la habitación. El hombre se dirige a la cocina y saca una bolsa de café que dice orgánico en letras enormes, lo pone en la cafetera y la enciende. Camina al baño, abre la regadera y se mete de inmediato al chorro de agua. Siente espasmos involuntarios por el frío, hasta que ésta comienza a calentarse. Se baña rápido, sin demorarse más de lo necesario. Sabe que el agua dejará de correr al cabo de unos minutos. Sale del baño con una toalla atada a la cintura y se para frente a un librero. Ahí ve sus novelas, todas han sido grandes éxitos, todas llenas de lenguaje sofisticado,

figuras retóricas complejas que el mismo Flaubert envidiaría. Algunos lo llaman poesía novelada. Otros han hecho estudios exhaustivos sobre sus referencias directas a Shakespeare, Cervantes, Sterne, Borges e incluso Joyce.

Bebe el café con lentitud, lo paladea, el perro permanece echado a sus pies. Tiene su computadora a un lado, al principio de la hoja se lee *El volumen del cielo*. Siente que el sabor del café está incompleto, le hace falta un cigarro. Desea fumar. Estar frente al teclado de la computadora con un cigarrillo en la boca lo hacía sentir completo. Deja la taza sobre la mesa y voltea a la máquina. No sabe realmente qué escribirá, así que abre un archivo donde hay una lista de temas posibles y otros con los que no debe involucrarse demasiado:

1. Hacer referencias directas a la edificación de esta sociedad siempre servirá para mantener a las generaciones futuras al tanto de lo que ha costado su estilo de vida.

2. Evitar, lo más posible, tocar temas de maltrato animal o de uso sin conciencia de los recursos naturales (a menos que estos temas ayuden para, al final de su obra, reafirmar el propósito de esta sociedad incluyente y tolerante con la vida que se consideró, erróneamente, inferior a la del ser humano).

3. Revitalizar grandes obras clásicas.

4. Evitar, a toda costa, demeritar el arte de la palabra. Mantener un estándar de calidad y profundidad literaria. No se publicará, ni se permitirá, bajo ninguna circunstancia, literatura Fantástica, de Terror y Ciencia Ficción —siendo Borges y Cortázar los únicos escritores y referentes posibles—, pues ese tipo de literatura pobre y sin profundidad fue la que ocasionó el colapso de la antigua sociedad.

El Escritor vuelve a abrir el archivo principal y piensa en alguna obra

icónica que haya leído o estudiado en el pasado. Sin embargo, teclea: …el sol se extinguirá y no importa lo que hagamos, este mundo se irá a la ruina. El caos y la desesperación ocasionan motines y levantamientos armados a causa del eterno y cada vez más crudo invierno. No importa lo que hagan las personas, saben que el único fin es el de la extinción. Suicidios masivos; sin embargo, la esperanza permea al hombre, así que, en un último intento para que la vida humana prevalezca, una tripulación espacial se dirige hacia Júpiter, donde intentarán ocasionar una fusión nuclear de tal magnitud que convertirá al planeta en un segundo sol… El escritor, embriagado de una fiebre que solo siente cuando imagina historias así, continúa escribiendo. La mañana da paso a la tarde y ésta al crepúsculo, y mucho antes de que se dé cuenta se encuentra frente a un manuscrito de más de ciento cincuenta páginas. Siente excitación y al terminar de escribir, una depresión casi inhumana le comprime el pecho. Salva el archivo, se levanta y observa la noche desde el ventanal principal de su casa. Algunas luces están encendidas, otros escritores, pintores y cineastas viven en la periferia.

III

Estoy en un café a un par de kilómetros de la zona de Aragón, el nuevo paraíso de los artistas. He leído algunos libros de quienes viven por esta zona. No me gustan. Extraño las viejas películas de viajes espaciales, los policías que hacen todo lo posible por salvar el día, no importa que eso los mantenga en el anonimato y la mediocridad. Pero no puedo decirle a nadie eso. Debo tener cuidado con quien hablo. Mis días se han reducido a trabajar en lo mío y, de vez en cuando, recibir los favores por mi contribución. Abro la palma de mi mano y ahí aparece el rostro de la persona a la que tengo que buscar. Bebo a sorbos el *latte* con leche de almendra. Observo que no haya nadie cerca, acaricio mi mano, el cuarto desaparece y en mis ojos se abre un programa pirata que un amigo me instaló. Tengo algunos cuentos de terror y ciencia ficción de hace años; también cómics de Batman, el único súper héroe que realmente apreciaba. Este es un personaje que los niños también deberían conocer y no solo las andanzas de los pretenciosos y aburridos. La puerta se abre, parpadeo un poco y veo entrar a una pareja; ambos piden café para llevar. Seguramente se preparan para pasar la noche entre cerveza artesanal y lecturas de poesía. No pasan de los veinticinco años, se encuentran en su etapa más fértil como miembros de la sociedad. De los veintisiete a los treinta y cinco pueden embarazarse una sola vez, con los permisos adecuados proporcionados por el gobierno. Si en algún momento

se les ocurriese tener un segundo hijo, tienen solo dos opciones cuando este llegue, entregarlo a un albergue para niños segundos o salir del perímetro de la Ciudad y vivir fuera de ésta. Siempre hay opciones, dicen, aunque no siempre son las mejores para todos.

—Caballero, ya vamos a cerrar ¿desea algo más? —Pico mi mano, parpadeo y el programa pirata se cierra.

—No, muchas gracias. ¿Cuánto es?

—Sesenta pesos, por favor. —Dejo el dinero en la mesa, sonrío a la mesera y me retiro. Subo al auto, al encenderlo no hay cosquilleo de la máquina, suspiro. Creo que es hora de hacer mi visita. Acaricio mi palma y escucho el tono de llamada en mi oído.

—Voy al lugar.

—Muy bien. No creo que haya pedo. Es un escritor que corre.

—¿Qué hizo?

—Escribe historias que no siguen los valores establecidos. Hace unos años le llamaron la atención. Ya sabes, somos tolerantes, no castigamos al principio, siempre les damos otra opción. Pero siempre la quieren cagar. El caso es que hace un par de semanas se filtró su IP, acompañado de más literatura basura. Es toda una celebridad en el mercado negro. Le dicen Prometeo. No solo encontramos su IP, también el de sus lectores y a todos les toca lo mismo. Ya sea con una llamada de atención o si son reincidentes… bueno, tú sabes.

—Voy en camino.

IV

Es la una de la mañana y el Escritor no puede dormir, el perro duerme a sus pies aunque tiene su cuarto. Por eso hizo lo posible para adoptar a un perro y no a un gato. Odia a los gatos, aunque no puede aceptarlo abiertamente. Así que prefiere fingir una alergia mortal. Así le otorgaron la custodia del canino. En un mundo donde los gatos son idolatrados, tener a un perro es un acto de subversión y no pasó desapercibido. Cree que fue gracias a esa elección que entró en el radar de Ellos. Poco después de hacerse de su mascota, lo detectaron y así tuvo su llamado de atención. Quiso dejar de escribir ciencia ficción por un par de años ¿para qué meterse en problemas por algo tan idiota? ¿Por qué no simplemente disfrutar de los beneficios que dejó la guerra? Él apenas la vivió, solo supo de ella en el extranjero.

Después regresó victorioso, como un expatriado.

Pero no pudo alejarse de las ideas distópicas que plagan sus cuentos y novelas. Tuvo que seguir, era lo que necesitaba. Mientras dormía lo imaginaba todo, se sentía desesperado entre sueños y al despertar escribía. No tenía intención de publicar, solo escribía para él. Sin embargo, un día lo subió a la web —bajo el manto de un hackeo personal— y tuvo un éxito rotundo, no solo en México, sino en el mundo. Un mundo del que parecía que ya no conocía nada. Un mundo que, según noticias locales, se encontraba a punto del colapso. Ese mundo lo recibía con la cálida noticia de que era apreciado lo que hacía.

Por ello ya no pudo parar.

Da una vuelta más en la cama y enciende su reproductor musical, sintoniza música ambiental para intentar dormir. El perro se acurruca entre sus piernas y se siente aliviado.

V

Entro en la casa. Lo primero que me recibe es un aroma a tabaco tenue, casi difuminado. Observo con atención. Es la primera vez que entro a la casa de un escritor. Busco dónde podría esconder los cigarros, pero mi mirada se detiene en un librero que cubre una pared de tres metros de alto por diez de largo. Me acerco y veo los lomos: *Macbeth, Don Quijote de la Mancha, Tristram Shandy, La Región más Transparente, Los Detectives Salvajes* y muchos más que puedo encontrar en cualquier otra casa. Por un momento sentí que, al ser un escritor con sus faltas, habría otra cosa, algo interesante. Tomo uno por inercia y al hojearlo, me doy cuenta de que no es el *Ulises,* paso las páginas y leo: es una antología de Ciencia Ficción y Fantasía. Me llena un golpe de adrenalina y paso las hojas. Escucho entonces el click característico de un encendedor, tiro el libro y volteo, con el arma apuntando al lugar de donde vino el sonido. Hay un hombre de no más de cuarenta y cinco años, tiene barba sin bigote, lentes, cabello un poco largo peinado hacia atrás, usa una pijama de playera azul con un escudo dorado en el pecho y pantalón negro. Me extiende la cajetilla de cigarros.

—¿Gusta uno? —Sin bajar el arma, lo observo, se ve sereno, tranquilo—. Si le gusta el libro, puede llevárselo, se me hizo un buen detalle encuadernarlo con el *Ulises*. Ni siquiera en estos días la gente lo lee —me sonríe y deja escapar una calada—. Entonces, ¿uno? —Sigue con la mano extendida, guardo el arma debajo de mi axila, levanto el libro y me acerco a

él. Lo dejo en la barra y acepto el cigarro, vuelvo a escuchar el click del encendedor y aspiro con fuerza del cigarro cuando lo enciendo. Aunque siento que el Escritor me está viendo, la verdad es que no lo hace, observa algo sobre mi hombro. Doy una calada al cigarro.

—¿Tiene más… como este? —le pregunto, y sonríe. Se marcan las arrugas de sus ojos y boca.

—Sí, claro, es más, casi todos son encuadernados con diferente portada. Todos esos títulos los tenemos en biblioteca virtual. No hay necesidad de tenerlos en físico y de leerlos tanto uno se aburre. Por eso los escondo en mi librero y, al ser escritor, la gente no pregunta demasiado si los ven, creen que soy de esos nostálgicos que prefieren leer en físico… y en cierta forma lo soy. Porque guardo el pasado también, pero un pasado que desearían que olvidemos. Pero usted no está aquí por mis libros.

—No. —Su tranquilidad me perturba un poco, regularmente, al verme, todos gimotean y ruegan por su vida. Hay veces que debo recurrir a la violencia. Con él, en cambio, me siento cómodo; ni si quiera tengo la necesidad de encañonarlo. Sé que no opondrá resistencia. Escucho pisadas de patas a mi espalda, veo a un perro caminar hacia él. Incluso el perro irradia tranquilidad.

—Ven, Duque. ¿Quieres agua?

—¿Duque? Tiene años que no escucho ese nombre para una mascota… más bien, para un animal de compañía.

—No tiene por qué utilizar los protocolos conmigo. Cuando me lo dieron, me entregaron una placa con el nombre que debía tener. La tiré a la basura. Desde entonces le digo Duque y le gusta. —El perro lo observa y mueve la cola con alegría.

Se agacha y pone frente al perro un plato rebosante de agua; de inmediato este bebe.

—Me gusta más la presencia de los perros, son amistosos, cálidos, no me siento solo. —Al terminar de beber, el perro alza sus patas y comienza a lamerle la cara, él lo deja—. Son sumamente agradecidos.

—No sabría decirle. Mi gato es muy independiente, solo sale de su habitación a comer y a veces a corretear mariposas.

—¿Mariposas? Si llega a matar a una y lo saben, le va a ir mal… muy mal.

—Lo sé, pero tampoco es que pueda hacer gran cosa. Si se me ocurre castigarlo de alguna forma, me puede ir aún peor.

El Escritor se carcajea.

—Tiene toda la razón. —Da la última calada a su cigarro. Yo hago lo propio y me extiende una bolsa que no permite que escape el aroma. La tira a la basura—. No sé por qué la meto ahí, si no creo que deba tener la necesidad de cuidar mi cuello ya. —Me ve. Su mirada no es de tristeza, preocupación o miedo, sino de simple resignación. Como si la espera de algo inminente se hubiese terminado. Se sienta en una silla de la barra y me observa, como a la espera de que haga algo.

—¿Por qué lo hace?

Por primera vez se ve sorprendido.

—¿Qué?

—Seguir escribiendo eso. Ya le llamaron la atención una vez, lo dejaron vivir, pudieron ejecutarlo desde el principio. Sin embargo, por ser lo que es, no le hicieron nada.

—¿Por qué lo hago? —se pregunta a sí mismo con honesta duda—. Me harté.

—¿De? —Me acomodo en otra silla, frente a él y acaricio a Duque.

—De todo, hombre, de todo. Lo que fue una victoria se convirtió en una jaula peor. ¿Sabe? Cuando inició la guerra de la Gran Redada yo era joven, con ilusiones, veía con asco y desagrado cómo los escritores de géneros eran los que podían hacer dinero y vivir de ello cuando nosotros, los que hacemos las cosas serias, los que realmente respetamos el lenguaje moríamos de hambre. Cuando las balas volaron y nos sitiamos, yo festejé durante días, me emborraché y comí comida vegetariana con un gusto inusitado. No me iba a importar dejar la carne, ¿qué más daba?, si yo podría escribir libremente y ser reconocido por ello. Los primeros años fue el sueño que tenía en mi cabeza. La gente no solo me leía, sino que podía vivir de ello. Poco a poco me sentí enclaustrado. —Abre la cajetilla y enciende otro cigarro, me ofrece y lo acepto. Da un par de bocanadas sin decir nada. No lo apresuro: ¿quién soy yo para, en ese momento, no dejarlo desahogarse?—. No podía escapar de mí mismo y lo que había creado, fue así que, no recuerdo bien cómo, llegó a mi esa antología que usted hojeaba hace un momento. —Veo el libro y lo acaricio con las yemas de mis dedos —. Quedé fascinado, lo leí en horas y supe que había ahí tierra fértil para explotar. Y así lo hice. A la par, gasté una fortuna en conseguir más. Gran parte de mis ganancias se fueron en esos libros prohibidos. Y detrás de ese librero, en toda la pared, tengo muchos cómics, novelas gráficas. Un Edén personal si me permite decirlo. —Su mirada está apagada aunque parece que su voz refleja emoción.

—¿Entonces? —le pregunto con tranquilidad y suspiro. Dejo de acariciar al

perro, este entiende y se dirige al cuarto. Por primera vez, el escritor me ve a los ojos.

VI

La noche es tranquila en el Bosque de Aragón. Ya no hay tantos habitantes como cuando se hizo esa villa para artistas. Poco a poco estos han dejado de vivir ahí. Los demás no hacen mucho ruido, pues aunque aparentan no saber qué ha sucedido, todos saben exactamente dónde se encuentran los que ya no están. Convertidos en cenizas y regados en algún árbol si bien les fue; si no, seguramente están exiliados. Solo se escucha el tranquilo vaivén del agua y un par de gemidos de alguna de las casas. Más al fondo, casi en la frontera entre el bosque y lo que fue una estación del metro, se encuentra un escritor y otro hombre que irrumpió en su casa en medio de la noche. Ambos han fumado cigarros y han conversado un poco, el hombre tiene su mano derecha posada sobre un libro que tiene como portada el *Ulises* de James Joyce, sin embargo, es una antología de cuentos de ciencia ficción y literatura fantástica.

—¿Entonces? —pregunta el hombre al escritor.

—Entonces… —suspira el escritor— haga lo que vino a hacer. —El hombre saca el arma del interior de su cazadora imitación de piel. Es un arma reglamentaria que les otorgan cuando comienzan su labor de purga. Emite un rayo discreto y letal; ocasiona un colapso total en el cuerpo de la víctima y ésta muere sin siquiera sentirlo. El Escritor sabe que va a morir y también sabe que el hombre le dará una muerte indolora, cuando podría darle una más salvaje, pues ha visto el arma de fuego que lleva en la sobaquera derecha—. Antes, quiero pedirle algo.

—¿Si? —El hombre posa el arma sobre el libro y pasa su mano por la barbilla. Al ver al escritor con su barba, por un momento desea dejársela crecer después de esa noche.

—No dejes que quemen los libros y los cómics.

—¿Y qué hago con ellos? —El hombre se siente más cercano al escritor. No sabe si en edad o en desesperación o en el hartazgo. Porque, aunque no se permite pensar en ello, la monotonía lo lleva a la desesperación. Es por ello que fuma y, cuando sale de la ciudad, visita la chatarra de lo que alguna vez fue su automóvil de ocho cilindros—. No me los puedo quedar.

—Yo sé que puedes. —Tiene otro cigarro en su mano y se debate entre si encenderlo o no. No sabe de cuánto tiempo dispone—. Todos sabemos que

ustedes tienen concesiones. Ustedes no existen.

El hombre sonríe. El escritor tiene razón, su trabajo es inexistente. A los ojos del mundo y de la sociedad perfecta, su labor es innecesaria, pues el futuro de México se cimentó en la tolerancia y la mente abierta ante todas las ideologías.

—Está bien —dice el hombre—, yo los guardo. Nada más dime cómo saco los cómics.

—Fácil —dice el escritor mientras sale de la cocina hacia el librero—. Solo hay que apretar el botón que está detrás de *La Metamorfosis*.

La luna da de lleno en el rostro del escritor. Es hasta ese momento que el hombre se percata, o más bien toma consciencia, de que se encuentran en total oscuridad. Jamás se encendió la luz, sin embargo, la luna llena provee toda la luz que necesitan.

El Escritor observa la chamarra que lleva el hombre, se dirige a su cuarto y solo mete el brazo izquierdo, como buscando algo. El hombre, instintivamente, toma el arma y apunta hacia el escritor, que no se asusta ni mucho menos. Saca el brazo de la habitación y en la mano sostiene una chamarra negra que parece de piel.

—Toma —le dice al hombre—. Es mejor que lo que traes puesto.

Le lanza la chamarra y el hombre la sujeta en el aire, nada más de tomarla, sabe que es piel verdadera. No solo tiene el característico aroma de ésta, sino que se siente. Pocas personas pueden distinguir la piel verdadera de la imitación en esos días, pues son pocos los que usaron ropa de piel en el pasado. Muchos no soportaron. Se exiliaron o terminaron dándose un tiro o simplemente se desangraron. El hombre es uno de los pocos que recuerdan cómo era la ropa hecha de piel. Cuando fue joven, siempre tuvo chamarras negras de cuero, lo hacían sentir poderoso. Acerca la chamarra a su nariz y aspira con fuerza.

—Huele a nuevo.

—La limpio cada semana, soy meticuloso, mantengo el aroma. Además de que solo puedo tenerla en casa. Si la hubiera sacado antes, probablemente esta visita se habría dado hace mucho tiempo.

El hombre se quita la chamarra que trae puesta y la coloca en la barra, junto al libro, el escritor camina hacia el ventanal y observa la noche. El hombre toma el arma y observa cómo el escritor baja la cabeza y voltea lentamente hacia él. Ambos se ven a los ojos y el hombre, sin que el escritor pueda decir nada, acciona el arma.

VII

Entro a mi departamento. No enciendo la luz y me dirijo al cuarto. El gato sale del suyo, ve que soy yo y vuelve a hacer lo que sea que estuviera haciendo antes de mi llegada. Cargo la caja de los libros del escritor y los pongo a los pies de mi cama. Duque sube a la cama y se acurruca. La noche fue larga.

Mañana encontrarán el cadáver del Escritor. Dirán que la causa de muerte fue un paro cardiorrespiratorio. Mi trabajo era, después de liquidarlo, dejar el sitio preparado con cajetillas de cigarro tiradas, basura de comida chatarra y restos de carne. Un cuarto de alguien que es sedentario y se dedica a consumir todo aquello que va contra los valores del régimen —esto dirían los periodistas— fue lo que motivó su deceso temprano. En un país donde la edad de mortandad oscila entre los 70 y 100 años, el escritor murió a los 45. Joven e irresponsable, sería el encabezado de algunos periódicos. Después de todas las notas previas, en los días subsecuentes irían revelando sus faltas y sería acusado de vender basura a la gente. De pugnar por todo aquello que nos tenía sumidos en la ignorancia en siglos pasados. Toda esa información en su contra solo serviría para reafirmar el sistema político/social en el que vivimos.

Pero no lo hice. Antes de salir solo intercambié los libros falsos por originales. Quité de su escondite las novelas gráficas y borré todo rastro que lo vinculaba con el escritor de ciencia ficción Prometeo. Toda esa fama y nadie sabría jamás que era él. Siempre existirán desertores que sirvan como ejemplo. Pero por un instante hay que dejar que la muerte sea solo eso: muerte.

Dice Néstor: Soy un escritor al que le gusta la Ciencia Ficción porque muy en el fondo sé que habrá una Revolución de las Máquinas. Lector de cómics. Creo en Lovecraft, PKD Hemingway, Grant Morrison, Bacigalupi, las distopías y Batman. He publicado relatos en diferentes portales de México, así como también en la revista Playboy México. Y si los Pumas de la UNAM no existieran, el futbol no tendría sentido para mi.

Así hace su debut en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con FAHRENHEIT 451: LA NOVELA DE LA LIBERTAD, de Antonio Mora Vélez (ensayo).







Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**